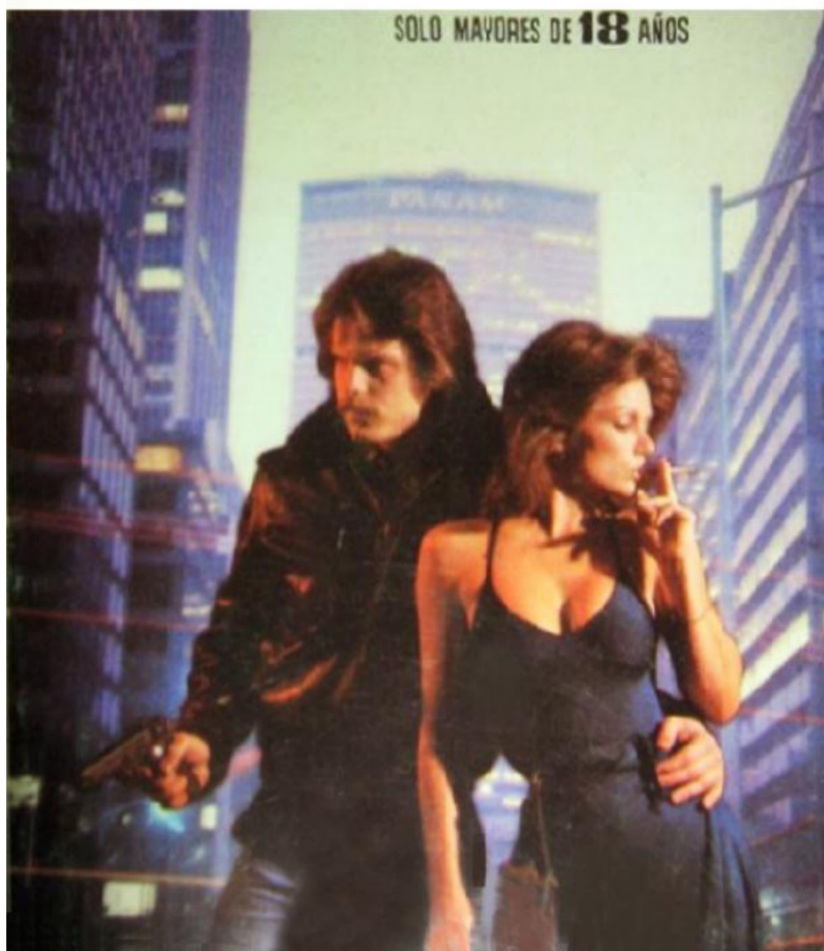




UN HONRADO LADRON

Clark Carrados

SOLO MAYORES DE **18** AÑOS



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.624 - Bandera para forajidos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.486 - El reloj de la hora final.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.058 - Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 - Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 - Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626 - Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 - El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 - Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 - Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 - Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

872 - Los zorros.

En Colección COLORADO:

1.069 - Unidos por el odio.

CLARK CARADOS

UN HONRADO LADRÓN

Colección **PUNTO ROJO** n.º 877
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 42.458 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero - 1979

© Clark Currados - 1979

texto

© Three Liona 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando la reunión estaba en su apogeo, uno de los asistentes pronunció el nombre que andaba de boca en boca y por todas partes en los últimos tiempos. Al invitado se le ocurrió preguntar si el Ladrón Invisible sería capaz de acudir aquella noche a robar en la lujosa residencia de la señora Smith-Farnley. La anfitriona dijo que lo estimaba imposible, puesto que había contratado media docena de avezados detectives, pertenecientes a una prestigiosa agencia, los cuales frustrarían sin dificultad cualquier intentona que pudiera llevar a efecto el famoso ladrón, al cual, además del indicado, se le aplicaban también otros apodos: El Fantasma, El Sinuoso, El Lagartija...

—Además —dijo la opulenta señora Smith-Farnley, Edith de nombre—, tenemos presente en esta agradable reunión al inspector Bascomb, uno de nuestros más eficaces policías, cuya asistencia hace sentirnos absolutamente seguros a todo el mundo.

El inspector Bascomb, grueso, sanguíneo, con cejas como pequeños cepillos, sonrió halagado al oír aquellos elogios proferidos por la opulenta anfitriona —opulenta por partida doble; de cuerpo y de fortuna—, y dijo que en cualquier momento, él, en persona, atraparía al Ladrón Invisible.

—Es un hombre endemoniadamente astuto —dijo un invitado.

—Jamás se le ha visto la cara.

—Actúa como si dispusiera de poderes mágicos, que le permitiesen llegar hasta las joyas con absoluta facilidad.

—Créame, amigos —dijo el inspector Bascomb—, ese despreciable rufián caerá bien pronto en mis manos. Y cuando le atrape...

—El inspector Bascomb no atraparía un catarro, ni aunque se pasease desnudo, por la calle, nevando y a la media noche.

Era una voz grave, de tonos reposados, un tanto enfática.

Mientras los que habían oído aquella serie de mordaces frases se sentían a punto de estallar de risa, Bascomb, congestionado de ira, se volvió hacia un circunspecto caballero, que conversaba apaciblemente con una joven a pocos pasos de distancia.

La voz correspondía en un todo a la de aquel invitado. Bascomb se acercó al sujeto.

—Caballero, espero tenga la amabilidad de retirar las palabras insultantes que acaba de proferir y que dañan gravemente mi reputación —dijo.

El hombre se volvió y le miró, enormemente asombrado.

—No le entiendo en absoluto —contestó—. ¿Está borracho? Si es así, lo mejor será que se vaya a dormir la mona y nos deje en paz.

Bascomb se sintió desconcertado. Alguien se burlaba de él, pero no acababa de entender quién era ni por qué lo hacía. La anfitriona se acercó, tratando de minimizar el incidente.

—Querido Bascomb, no haga caso. En estas reuniones, ya se sabe, nunca faltan los tipos que meten la pata... ¡Conozco a tantas personas y sé tan poco de la mayoría de ellas! —suspiró—. Venga, venga y tomaremos una copa juntos.

Bascomb siguió a la señora Smith-Farnley, sobre cuyo opulento pecho lucía un enorme medallón, cuyo principal interés residía en el rubí que ocupaba el centro de la joya, tan grueso como la falange superior de un dedo pulgar y que despedía vivísimos centelleos al ser herido por las luces de las lámparas que pendían del techo del enorme salón en que se celebraba la fiesta.

Al cabo de unos minutos, la anfitriona consiguió tranquilizar a su furioso invitado. Dejándolo en compañía de un par de amigos, se alejó en busca de alguien a quien había visto hacía poco.

El hombre era joven, unos treinta y dos años, alto, esbelto, de pelo oscuro, bien peinado, y tenía las manos tan delicadas como las de un pianista. Era naturalmente distinguido, sin afectación, y hasta unos momentos antes había sido objeto del ardiente acoso de una volcánica viuda de la que, al fin, había conseguido deshacerse.

—Creí que no vendrías, Perry —dijo Edith a media voz.

—He tenido mucho trabajo. Dispénsame, cariño —contestó el joven, con la vista fija en el escote de la mujer, en donde se apreciaban unos considerables atractivos físicos.

Edith puso los ojos en blanco.

—Aquella noche... ¿Cuándo, Perry, cuándo? —suspiró ardorosamente.

—Y o pensaba que hoy, pero la fiesta...

—Me ha sido imposible. Tuve que darla por compromisos ineludibles. ¿Mañana?

—De acuerdo.

Edith giró en redondo y dio unos pasos. De pronto, algo se desprendió de su pecho y cayó al suelo, rompiéndose en mil fragmentos de color rojo.

Edith lanzó un chillido que llamó la atención de todos los presentes.

—¡Mi rubí! ¡Se ha roto!

Decenas de rostros se volvieron hacia la mujer. Edith parecía a punto de desmayarse. Un conocido se apresuró a sostenerla.

Alguien se acercó a la mujer. Era un reputado joyero.

—Permítame, Edith —rogó.

Inclinándose, tomó con dos dedos uno de los fragmentos del rubí despedazado y lo examinó con ojo crítico. Luego dijo:

—Por favor, deme el medallón.

Edith se lo quitó con dedos temblorosos. Al cabo de unos momentos, y en medio de una tensa expectación, el joyero anunció dramáticamente:

—Lo siento. El medallón es falso, lo mismo que el rubí. Una imitación de vidrio coloreado de rojo, simplemente.

La señora Smith-Farnley oyó aquellas palabras y se desmayó, arrastrando en su caída al galante caballero que se había apresurado a auxiliarla. Como se hallaban junto a una mesa, repleta de copas y botellas, la derribaron, con el estrépito y el alboroto consiguientes. Alguien relacionó lo sucedido con el Ladrón Invisible, pero otro dijo que no podía ser. Aquel sujeto sin duda, era muy hábil, aunque no tanto como para dar un cambiazco a la vista de cuatro docenas de invitados. Y no faltó el crítico mordaz que dijera que la joya no había sido legítima jamás y que no había sido sino una imitación desde el primer momento en que la dueña empezó a alardear de ella.

El hombre, enteramente vestido de negro, abrió el balcón y se descolgó silenciosamente a la calle. Pendiente del cinturón que sujetaba sus pantalones, llevaba una pequeña bolsa de terciopelo.

Su cabeza estaba cubierta por una ajustada capucha negra, con aberturas para los ojos, nariz y boca. Las manos estaban asimismo enguantadas en negro.

Al poner los pies en el suelo, flexionó las rodillas un instante. Después se enderezó y, en el mismo instante, sintió el contacto de algo duro en la nuca.

—No te muevas, *Flash* —sonó una voz a sus espaldas.

Una mano le arrancó la capucha. El cañón de la pistola se apoyó ahora en su cuello desnudo.

—Presentía que esta noche vendrías aquí —dijo la mujer que empuñaba la pistola—. Se me ocurrió apostarme en la esquina...

—Y acertaste, sargento Slade —contestó el ladrón.

—Así es. Perry Tanner, alias *Flash*, tú y yo tenemos que hablar muy seriamente.

Tanner alzó las manos.

—¿No me pones las esposas?

Con la mano izquierda, ella le arrebató la bolsa de las joyas.

—Tengo también un silbato. ¿Quieres que llame la atención de una patrulla?

—¿Desde cuándo la incorruptible sargento Sally Slade se permite hacer tratos con un hombre fuera de la ley? —preguntó Tanner, irónicamente.

—Necesito hablar contigo —dijo ella—. Pero no aquí, claro.

—¿En tu casa?

—Está en un barrio relativamente poblado. Además, tú tienes el coche cerca de aquí, supongo.

—Supones bien, preciosa.

—Entonces, guíame. Ponte a mi izquierda, pero no olvides en ningún momento que llevo una pistola. ¿Entendido?

—Sí, sargento Slade.

De pronto, Sally soltó una risita.

—Si el inspector Bascomb supiera que estoy paseándome en la madrugada con el Ladrón Invisible...

—Le daría un ataque.

—Seguro. Perry, no me gusta llamarte *Flash*, como hacíamos cuando éramos apenas unos chiquillos, ¿qué te impulsó a convertirte en un ladrón?

—¿Quieres conocer las razones?

—Me gustaría.

—Hay gente que rebosa de dinero, eso es todo.

—Y tú lo robas a los ricos...

—Para dárselo a un pobre.

—¿Cómo? ¿Es que mantienes a alguien?

—Sí, a Perry Tanner.

Sally emitió un bufido.

—Eres incorregible. Nunca cambiarás —dijo.

—Soy así y, a los treinta y dos años, ya es tarde para cambiar —contestó él filosóficamente.

—Llegaste a graduarte en la Universidad. Pero no ejerciste un solo día. En lugar de ello, te fuiste con un circo. Hacías de todo: funámbulo, equilibrista, prestidigitador, ventrílocuo...

—Hombre, no era un circo de los de fama. Allí, cada artista, hacíamos varios números. En el fondo, aquella vida me gustaba.

—Nunca parabas en el mismo sitio más de una noche o dos.

—Sí, pero era muy divertido.

—¿Por qué lo dejaste, Perry?

—La cajera, que era también la dueña, se fugó un día con el domador de pulgas. Y con todo el dinero, naturalmente. La mayoría de los artistas encontraron trabajo en un buen circo. Yo también quise emplearme allí, pero, a los pocos días, el director me despidió. Pude saber que el circo no era suyo, sino que pertenecía a un tipo llamado Orrin McClain.

—McClain tuvo algo que ver con la ruina de tu padre —recordó Sally.

—Fue uno de los culpables. Cuando oyó mi nombre, ordenó que me despidieran en el acto. Yo decidí tomarme el desquite y un día le vacié la caja fuerte.

—Y así empezaste tu carrera de ladrón.

—Bueno, cuando se me acabó el dinero, pensé en unos cuantos nombres más. Todos ellos habían estado relacionados con mi padre, así que me dije que debían pagar la canallada que cometieron con él. Ninguno de ellos se ha muerto ni está en la ruina...

—¿Qué me dices de Edith Smith-Farnley? Que yo sepa, ella no tuvo nada que ver con tu padre.

—Ella no, pero su esposo sí.

Ya estaban junto al coche. Tanner abrió la portezuela para que

Sally pudiera sentarse en el asiento contiguo al suyo.

—Me hubiera gustado asistir a la fiesta —confesó Sally—. El momento en que se rompió el falso rubí tuvo que ser algo delirante.

—No te lo puedes imaginar siquiera —rió Tanner—. Edith se desmayó, arrastró a otro en su caída, volcaron una mesa repleta de copas y botellas... Pero, por lo visto, había hecho una copia deficiente.

—¿La hiciste tú mismo?

—Sí.

—Eso es que habías visto antes el original.

—Oh, montones de veces.

Sally entornó los ojos.

—Te lo enseñó ella.

—Oh, no sabes lo que le gustaba demostrar sus aptitudes para la danza llevando el medallón como única vestimenta.

Sally saltó en su asiento.

—¿Qué? —exclamó, entre atónita e indignada—. Tú y ella...

—Claro. De otro modo, ¿cómo te explicas que pudiera tomar primero un molde del medallón y luego darle el cambiado?

—Pero... es mayor que tú...

—Aún se conserva bien. Todavía resulta apetitosa. Y tiene mucha experiencia.

—Especie de canalla —dijo Sally, furiosa—. Me dan ganas de llevarte a la comisaría más próxima...

Tanner se echó a reír.

—Me necesitas, creo. La eficiente sargento Slade se encuentra en un apuro y, pienso, sospecho y adivino que es por culpa de su exmarido. ¿Me equivoco?

—No, aciertas —admitió ella pesadamente.

CAPÍTULO II

Tanner terminó de llenar las tazas de café y entregó una a la joven.

—Habla —invitó—. ¿Cuál es tu problema?

Sally le miró fijamente.

—Tú ya sabes cómo terminó mi matrimonio —dijo.

—Sí, a estacazos o poco menos.

—Me pegó un par de veces. Faltaba días y hasta semanas enteras de casa. A poco que me descuidase, encontraba el bolso sin dinero siquiera para una llamada telefónica. Se emborrachaba...

—Hiciste bien en divorciarte. Por fortuna, veo que ello no perjudicó tu carrera.

—No. El jefe Schliever es muy comprensivo. Le conté toda la verdad. Me apoyó mucho, todo es preciso decirlo. Y los compañeros también, incluyendo al inspector Bascomb.

—Lo celebro. Pero sigue, por favor.

—Ahora, mi esposo quiere que vuelva con él. Es algo que detesto con todas mis fuerzas...

Sally cerró los ojos un instante. Su pecho, de firmes curvas, se agitó perceptiblemente.

—Y pensar que me casé ciegamente enamorada... Fue mi primer hombre; no había habido otro antes en mi vida... Fue una terrible equivocación; lo reconozco, pero ¿quién lo hubiera adivinado en aquellos momentos?

—Sí, suele suceder —convino Tanner—. De modo que el buen Ray Slade quiere reanudar su vida marital.

—En efecto, así es.

—Pero si tú no quieres, él no puede forzarte...

—Te equivocas. Tiene los medios precisos para obligarme a volver a su lado.

Tanner arqueó las cejas.

—Un chantaje, ¿eh?

—Sí. Cuando se conoce la verdad, resulta algo completamente inocuo. Pero visto de una manera parcial, podría ser una bomba.

—¿Alguna carta?

Sally asintió.

—La escribí al jefe cuando me ascendió. No le decía nada de particular, salvo que agradecía infinito el ascenso y que me tenía a su disposición en todo momento. El jefe Schliever es... un poco donjuán, aunque honesto en todos los demás sentidos. Si la carta se publicase, imagínate lo que podría decir la gente.

—Sí, se comentaría que el jefe asciende a las mujeres policías jóvenes y bonitas, a cambio de determinados favores.

—Exactamente.

—¿Lo sabe él?

—No. He tomado la decisión yo sola. Por favor, Perry, ayúdame...

—En tu opinión, ¿dónde está la carta?

—Ray se ha convertido en uno de los hombres de confianza de Thomas Benchley, hasta el punto de que lleva sus libros de contabilidad... y posee la combinación de la caja fuerte particular. Es de suponer que Ray tenga la carta guardada en esa caja fuerte.

—Benchley, ¿eh? —Tanner silbó—. Se dice de ese individuo que es el jefe oculto del hampa de la ciudad.

—Lo es, en efecto —confirmó Sally—. Pero ya sabes lo que sucede; sin pruebas...

—No se puede meter a una persona en la cárcel —suspiró él—. Bien, haré lo que pueda. Dime, ¿cómo consiguió Ray la carta?

—Eso es lo que me gustaría saber también a mí —respondió la joven—. Una cosa es segura: tiene la carta, porque me envió una fotocopia.

—De acuerdo, procuraré rescatarla. Ahora me tienes que explicar cómo llegaste a la deducción de que tu antiguo conocido Perry *Flash* Tanner era el Ladrón Invisible.

Sally sonrió.

—He estudiado todos los robos de joyas y dinero que no se han podido explicar en los últimos tiempos. En la relación de perjudicados figuran todos los nombres de cuántos tuvieron que ver en el asunto de la quiebra de tu padre. Conociéndote, conociendo

tus habilidades, sabiendo que aún quedaban un par de futuras víctimas, me aposté conmigo misma a que podía echarle el guante.

—Y ganaste —sonrió él.

—Me hubiera gustado estar presente cuando dijiste que el inspector Bascomb no atraparía un catarro, ni aunque se pasease desnudo por la calle una noche de invierno. ¡Debió de ser sensacional!

—Te habrías divertido mucho, en efecto. Bien, me pondré en campaña lo antes que pueda. De modo que Ray es ahora uno de los fieles de Benchley.

—Sí, y yo me imagino que a Benchley le gustaría también muchísimo poder deshacerse del jefe Schliever. Supongo que Ray no le ha dicho nada de la carta, porque, de lo contrario, ya se habría hecho pública. Pero si no accedo, Ray cumplirá sus amenazas y así hará aún más méritos ante su jefe.

—Resulta completamente lógico. Sally, si recobro la carta, ¿cuál será mi recompensa?

—Dejarás de robar y yo olvidaré todo lo que has hecho hasta ahora.

—No eres muy generosa. Para evitar un chantaje, haces otro.

—Lo siento, Perry. No tengo otra solución.

—Ya. Soy tonto; pensé que la recompensa sería otra.

—¿Cuál?

Tanner la miró fijamente. Sally enrojeció y se puso en pie.

—Tengo que marcharme —dijo.

Estaban frente a frente. Sally era una hermosa joven, alta, de formas armoniosas y carnes prietas. Bajo la blusa se advertían claramente los senos, erguidos, compactos. Tanner elevó las manos y los rozó con el dorso de los dedos, notando la súbita rigidez de los pezones.

—No, Perry —dijo ella roncamente.

Tanner vaciló un instante. Luego decidió que no convenía forzar la situación.

—Hablaremos de ello en otro momento... cuando tenga la carta. Pero no pienses que te presionaré con ella. Si cedes... será voluntariamente, ¿entendido?

—Cuando tengas la carta, hablaremos. —De pronto, con menos tensión, Sally se echó a reír. Sacó el revólver, se metió el cañón en

la boca y mordió. Luego entregó el resto a Tanner—. Ehstah... muyh... buehnoh... —dijo con la boca llena de chocolate.

Tanner contempló el revólver de imitación lleno de perplejidad. Luego se echó a reír también.

—Eres... bueno, no encuentro palabras —dijo.

Sally abrió la puerta.

—Tomaré un taxi, no te molestes en acompañarme —se despidió.

Amanecía ya. Desde la ventana, Tanner contempló a la joven que caminaba hacia la acera. A los pocos momentos, vio pasar un taxi madrugador. Ella desapareció de su vista.

Tanner sonreía sibilinamente. Fue al dormitorio y empezó a desvestirse para tomar una ducha, antes de meterse en la cama y disfrutar de un bien merecido descanso. Sally le había dicho que no le devolvería el botín conseguido aquella misma noche y que lo haría llegar a su dueño con la máxima discreción.

—Sí, sí... —murmuró socarronamente mientras abría el grifo de la ducha.

Al llegar a su casa, para cambiarse de ropa y ponerse la de uniforme, Sally no pudo resistir la curiosidad y desató los cordones de la bolsa, volcando a continuación su contenido encima de una mesa. Con ojos atónitos, contempló la docena de habichuelas que rebotaban y repiqueteaban sobre la mesa, antes de quedarse quietas.

Durante unos segundos, sintió una viva indignación. Luego lanzó una alegre carcajada.

—Un revólver de chocolate... Habichuelas en lugar de brillantes... Parece una competición de tramposos...

Luego se puso seria. Amaba su profesión y sabía que iba a sufrir horriblemente si se veía obligada a presentar su dimisión.

Lo peor de todo era que Ray, su esposo, lo sabía también. El único que podía ayudarla era Perry Tanner el Ladrón Invisible.

Durante unos días, un apacible caballero, de mediana edad, con abundantes canas en las sienes y que necesitaba un bastón para apoyarse al caminar, debido a una leve cojera, se paseó por las inmediaciones de la lujosa residencia de Thomas Benchley. Luego, Tanner decidió prescindir del disfraz y pasar a la acción.

Aquella misma noche, recibió una llamada telefónica.

—¿Perry?

—Sí. ¿Sally?

—La misma. ¿Tienes noticias para mí?

—Posiblemente, a la madrugada vaya a pedirte una copa.

—Oh... Entiendo. Gracias, Perry, pero te diré una cosa.

—Soy todo oídos, guapa.

—Ray me ha llamado hace poco. Dice que tiene ya una licencia de matrimonio. Me da de plazo sólo hasta mañana. Por la noche hemos de estar casados.

—Caramba, sí que siente urgencias ese tipo...

—Por favor, Perry. Ray hablaba en serio.

—Sí, me lo imagino. Descuida, nena, mañana tu exmarido se quedará con un palmo de narices.

—Ven en cuanto hayas terminado, te lo suplico.

—Tranquila, nena; antes de que lleguen las primeras luces, habrán terminado tus angustias.

—Dios te oiga, Perry.

—Amén.

Tanner colgó el teléfono y empezó a preparar todo para la incursión en la lujosa residencia de Benchley. A las once de la noche, salía de su casa.

Esperó hasta las dos de la madrugada. Entonces, situó su coche en las inmediaciones del objetivo y, tras apearse, cubrió el resto del camino a pie, llevando un can sujeto por la correa.

La residencia de Benchley estaba rodeada por una verja de hierro. Por el jardín se paseaban dos mastines, sueltos durante las noches. Tanner ató el can a la reja un momento y luego empezó a manipular en la cerradura de la puerta enverjada.

Los mastines acudieron rápidamente. Tanner abrió. Un instante después, soltaba a la perra en celo que había llevado consigo. La perra huyó a toda velocidad, perseguida por los machos.

Inmediatamente, penetró en el jardín y cerró la verja. Los hierros estaban sujetos a una base de mampostería de un metro de altura. Agazapado, rodeó el recinto, hasta hallarse situado justamente frente a la ventana del despacho privado de Benchley.

Entonces cruzó perpendicularmente el jardín. Llegó a la ventana y empezó a trabajar en silencio.

Lo primero que hizo fue cortar un círculo de vidrio con el

diamante que formaba parte de su equipo. Ya tenía situada la ventosa y, con un seco tirón, separó el disco de vidrio, que dejó en el suelo silenciosamente. Con las manos enguantadas, no había riesgo de que sus huellas dactilares pudieran delatar su paso por aquel lugar.

El hueco le sirvió para meter la mano y soltar la falleba. Luego, muy despacio, para evitar un chirrido inoportuno, levantó el bastidor. Finalmente, se sentó en el antepecho y, girando sobre sí mismo, pasó las piernas al interior.

Tanteó unas cortinas con las manos y las corrió. Luego encendió una diminuta linterna y paseó el delgado haz de rayos luminosos por todos los sitios. De pronto, el rayo de luz se detuvo en un punto.

Tanner inspiró con fuerza. En un principio, había llegado a pensar que el hombre se había quedado dormido sobre la mesa, agotado por un exceso de trabajo. Sin embargo, el negro agujerito que tenía en la sien izquierda y del que había manado la sangre, ahora casi seca, indicaban que el sueño de aquel individuo iba a durar toda la eternidad.

Al cabo de unos segundos, logró rehacerse lo suficiente para acercarse al cadáver. Dejó la linterna sobre la mesa y empezó a registrarlo con infinito cuidado, dejando cada objeto en el mismo sitio en que lo hallaba, a fin de que nadie supiera que había estado allí.

Cuando sacó la billetera, en la que figuraba la documentación del muerto, sufrió un segundo sobresalto. Meneó la cabeza.

—Sally, tu exmarido ya no te molestará más —murmuró.

Meditó durante unos segundos. Los motivos del asesinato se le antojaban incomprensibles. La casa, sin embargo, continuaba en silencio. Decidió aprovechar la ocasión.

La caja fuerte estaba oculta tras un cuadro de horrendas figuras, pretendidamente surrealistas. Tanner se dijo que ni regalado colgaría aquel cuadro en las paredes de su casa.

Empezó a manejar la rueda de la combinación. Pasados unos minutos, asió la manija, hizo una fuerte torsión y tiró hacia sí.

La caja fuerte estaba abierta. Empezó a registrar.

Había algunos fajos de billetes. Después de reflexionar unos momentos, pensó que era una tontería dejar allí aquellos rectángulos de papel, tan atractivamente impresos. Luego empezó a

revolver papeles.

Media hora más tarde, llegó a una triste pero desagradable conclusión: la carta había desaparecido.

Se preguntó si estaría en la mesa de despacho. No, no era posible; se trataba de un documento que tenía mucho valor para alguien. Tenía que estar guardado en un lugar nada fácil de localizar. Lo mejor que podía hacer era marcharse. Lo sentía por Sally; se iba a llevar un chasco tremendo. Pero la culpa, en todo caso, no era suya.

De pronto, cuando ya se dirigía hacia la ventana, vio algo que brillaba en el suelo. Lentamente, se agachó, cogió aquel objeto metálico y lo hizo saltar unas cuantas veces en la palma de la mano.

Luego, decidido, se encaminó hacia la ventana.

CAPÍTULO III

Envuelta en una bata, Sally abrió la puerta. Había ansiedad en su mirada.

—Perry —dijo, a la vez que alargaba la mano, para tirar del brazo del joven—. Entra, no te quedes en la puerta.

Tanner franqueó el umbral. Entonces, Sally observó el rostro grave del visitante.

—¿Qué pasa? —exclamó. Se puso una mano en el pecho—. No has conseguido la carta...

—Ojalá fuera sólo eso —respondió él—. Ojalá se tratase sólo de una simple carta. Podrías verte obligada a tener que dejar la policía, pero no irías a la cárcel.

—No entiendo en absoluto lo que estás diciendo, Perry. ¿Por qué no hablas claro de una vez?

Hubo un momento de silencio. Luego, Tanner, lentamente, sacó algo de su bolsillo y lo sostuvo con la palma hacia arriba.

—¡Dios mío! ¿De dónde has sacado eso? —exclamó la joven—. Es mi placa, la que llevo en el uniforme, cuando estoy en Jefatura...

—Estaba en casa de Benchley.

—Pero yo no he estado allí. Jamás he puesto los pies en aquella casa. Sé dónde está, a veces paso por delante, pero te juro que...

—¿Puedo creerte, Sally? ¿Debo admitir tu sinceridad?

—Me estás asustando, Perry. Por el amor de Dios, ¿qué pasa?

—Tienes que saberlo. Tu esposo ha sido asesinado. La placa estaba junto al cadáver.

Sally sintió que las piernas le flaqueaban y se derrumbó sobre una silla.

—Oh —gimió—. Esto es horrible... Perry, ¿vas a creer que he sido yo la autora de ese asesinato?

—La placa estaba allí —insistió él.

Repentinamente, Sally se levantó y corrió al interior del

apartamento. A los pocos momentos, volvió, con la cara completamente blanca.

—No está —dijo.

Desfalleció de nuevo. Perry reaccionó, buscó una toalla y llenó dos copas.

—Creo que ambos necesitamos un trago —manifestó—. Sally, alguien te ha tendido una trampa.

Ella levantó sus ojos. Estaban inundados de lágrimas.

—Pero yo..., yo...

—Te han robado la placa, esto es evidente. Alguien mató a Ray y la dejó junto a su cadáver. Por la mañana, alguien descubrirá el crimen. Pero la placa ya no estará allí, con lo que no pueden complicarte en esa muerte.

—Me pregunto qué beneficios obtendría el asesino de echarme a mí las culpas —dijo Sally sombríamente.

—Ya lo averiguaremos —contestó él.

—Entonces, crees en mi inocencia.

—La trampa es muy burda, pero podría haber dado resultado si, al mismo tiempo, se hiciese pública la carta que te compromete aparentemente. Entonces, nadie dudaría de que habías asesinado a tú esposo en un acceso de furia. Pero puesto que he retirado la evidencia que podría comprometerte, ya no tienes que temer nada en ese aspecto.

—Sin embargo, queda la carta, Perry.

—Lo sé. Tranquilízate, Sally. Vas a pasar unos días amargos, de todos modos. Alguno, incluso, puede insinuar que fuiste tú. Tendrás que demostrar todo lo contrario.

—No veo como... He estado sola en casa todo el tiempo...

De pronto, Sally miró al joven y comprendió lo que significaba la expresión de su rostro.

—Oh, no —dijo, a la vez que se ponía en pie—. No quiero recurrir a una treta tan indigna...

—Si las cosas se ponen feas, tendrás que hacerlo. Y yo corroboraré tu coartada.

—Pero... mi vida privada, hasta ahora, ha sido siempre absolutamente honesta...

—Eres joven, hermosa y llevas años divorciada. No tiene nada de particular que un hombre te agrade. Acabas de decirlo; es tu vida

privada. Y vale más perder un poco de buena fama, que no ir a parar a la cárcel o quedar bajo la sospecha de que cometiste un asesinato que no se puede probar.

Los hombros de Sally se hundieron.

—Si no hay otro remedio...

—Mientras no te acusen o insinúen alguna relación tuya con el crimen, no tienes que decir nada. Pero hablemos de otra cosa. Es evidente que alguien robó la placa durante tu ausencia. Dime, ¿qué hiciste hoy? Mejor dicho, ayer...

—Era mi día libre. Estuve toda la mañana en casa; por la tarde, fui a hacer algunas compras, algo de ropa, provisiones en el supermercado... Luego me encontré con una amiga y merendamos juntas. No nos separamos hasta las siete. Volví a casa, Ray me llamó... luego yo te llamé a ti...

—En total, ¿cuánto tiempo estuviste fuera?

—Cuatro horas largas...

—Es más que suficiente para que un tipo hábil entre en la casa y se lleve la placa. El ladrón la entregó luego a alguien que ya había decidido la muerte de tu esposo. Ignoro los motivos, por supuesto, pero creo que acabaré descubriendo la verdad.

—¿Qué me dices de la carta?

Tanner se pellizcó el labio inferior.

—Puede que eso sea cosa de Benchley —dijo—. Siempre anda con negocios nada limpios. Quizá se sienta acorralado en algún aspecto y trate de usar la carta como escudo.

—Es posible, en efecto.

—Tienes que averiguar en Jefatura si hay algo concreto contra Benchley, quiero decir, algo en lo que se hayan encontrado pruebas que puedan hundirle. Dímelo en cuanto lo hayas averiguado.

—Sí, Perry.

—Probablemente, Benchley tuvo que enterarse de la existencia de esa carta. A la corta o a la larga, es hombre al que se le escapan muy pocas cosas. Simplemente, decidió que los apetitos conyugales de un hombre tenían muy poca importancia, comparados con su problema. Por tanto, decidió eliminar a Ray y cargarte las culpas. La jugada le salía redonda de este modo, ¿comprendes?

—Es una deducción absolutamente lógica —concordó Sally.

—Y yo me ocuparé de encontrar al ladrón.

—Pero, a pesar de todo, Benchley puede utilizar la carta...

Tanner sonrió.

—Deja a Benchley de mi cuenta. Lo único que tienes que hacer es tenerme informada de lo que sucede respecto a este asunto.

—Descuida, Perry. Una pregunta, por favor.

—¿Sí?

—¿Pudiste abrir la caja fuerte de Benchley?

—Claro —los blancos y fuertes dientes de Tanner resaltaron contra su rostro tostado—. Fue una «visita» muy interesante.

—Te habrás echado al bolsillo un buen fajo de billetes —dijo Sally rígidamente.

—La curiosidad, a veces, resulta perniciosa —respondió él desenfadadamente—. Bueno, me voy...

—Espera, granuja. Aún no hemos terminado.

Sally fue a una consola y sacó una bolsita de terciopelo.

—Son pocas para llenar un plato —dijo.

—Tú me engañaste con un revólver de chocolate. Estamos en paz.

—Perry, devuelve las joyas...

—Son joyas robadas a un rico, para socorrer a un pobre. Procura dormir, preciosa. Buenas noches... ¡Perdón, buenos días!

Sally pateó el suelo furiosa, pero sabía de sobras que cualquier protesta que hiciera sería desoída. Y, aunque como policía no debía pensar de aquella forma, llegó a decirse que las víctimas de Perry se lo tenían bien merecido.

Los ojos de Guff Crowsey contemplaron especulativamente el pequeño fajo de billetes que el cliente acababa de depositar sobre el mostrador.

—Lo menos hay mil dólares —dijo Crowsey, propietario del Black River.

—Mil quinientos —puntualizó Tanner.

—¿Para mí?

—Sólo quinientos. El resto es para el que te diga quién robó ayer por la tarde, entre tres y siete, en el número doscientos ochenta y siete de la avenida Fram.

Crowsey asintió.

—Entiendo —dijo—. Tú quieres conocer al ladrón.

—Sí, pero éste no ha de saber nada, hasta que yo hable con él.

—De acuerdo. Los mil dólares serán para el informador. —
Efectivamente.

—¿Fue mucho lo que robó?

Tanner dudó un momento.

—Oh, un viejo medallón... Pero era un recuerdo de familia muy querido, ¿comprendes?

Crowsey sonrió socarronamente.

—Mil quinientos dólares es mucho por un recuerdo de familia...
a no ser que el medallón esté rodeado de diamantes.

—Para la víctima, vale más que todos los diamantes del mundo,
Guff.

—Sí, me lo imagino.

—Gracias, Guff. Tenme informado rápidamente.

—Lo procuraré. Ah, oye. *Flash...*

—¿Sí?

—Buenos tiempos los del circo, ¿eh? ¿No te gustaría volver?

Tanner hizo una mueca.

—Es agua pasada —contestó—. Tampoco tú has seguido en el
circo —añadió.

—Yo sólo era jefe de acomodadores y dirigía el montaje de la
carpa. Ahora estoy más tranquilo dirigiendo mi propio negocio.

—Sí, ya lo veo. Te felicito, Guff.

—Espera un momento, hombre, no te vayas tan pronto —pidió
Crowsey.

Tanner suspiró. Conocía la locuacidad del dueño del bar y sabía
que cuando Crowsey rompía a hablar, resultaba terriblemente difícil
cortar la conversación.

—Dime —murmuró resignadamente.

—Esto... Lo que yo quería decirte es... Bueno, me refiero al
Ladrón Invisible. Vaya golpe el del otro día. Casi cien mil dólares en
«piedras». Se ha debido de «forrar», ¿no te parece?

—Es posible, Guff.

—Seguramente, tiene unos dedos muy hábiles y se sube por las
paredes como una lagartija. Cuando yo estaba en el circo, recuerdo
a un artista que hacía maravillas con las cartas, parado en medio
del alambre, a diez metros del suelo... Luego birlaba carteras y
relojes a los espectadores... Nunca he visto otro tipo igual, créeme.

Tanner sostuvo firmemente la mirada de su interlocutor.

—Era un gran artista, en efecto —convino.

—Hace tiempo que no trabaja en el circo. Probablemente, se buscó otro medio de vida.

—Sí, probablemente. Adiós, Guff.

—Adiós, *Flash*.

Tanner sonrió al salir a la calle, Crowsey era un buen hombre. Estaba seguro de que no le delataría.

Ahora sólo hacía falta esperar a que Crowsey le diera los informes solicitados. Encontrar al hombre que había robado la placa policial de Sally, pensaba, era algo primordial, del máximo interés.

Sally le llamó por la tarde.

—Ha estallado la bomba —dijo.

—¿La carta?

—No. El asesinato de mi esposo. Benchley jura que estuvo fuera todo el día. Ha regresado esta mañana y puede presentar coartadas suficientes.

—Siempre lo hace.

—En la casa quedó un solo vigilante, aparte de Ray. El vigilante dice que se acostó a las once, confiado en la alarma y en los perros y que no oyó nada. La alarma, sin embargo, fue desconectada y los perros se escaparon y no han vuelto todavía. Incomprensible, ¿no?

Tanner sonrió al recordar la carrera de los mastines tras la perra en celo.

—Sí, incomprensible. ¿Qué comentarios hay sobre la muerte de Ray?

—Se supone que alguien entró a robar y fue sorprendido. El ladrón lo mató, para evitar que pudiera avisar a la policía. Benchley dice que le faltan cincuenta mil dólares de la caja fuerte.

—¿Qué ladrón! —se escandalizó Tanner—. Ha hecho quintuplicar sus pérdidas reales.

—Tú lo sabes bien, ¿no?

—¿Yo? Soy un ladrón honrado, Sally.

—Si no fuese por lo que estoy pasando, me echaría a reír. ¿Has conseguido algo?

—Estoy trabajando en el asunto, por ahora eso es todo lo que puedo decirte.

—Los nervios se me van a comer —dijo Sally quejumbrosamente.

—¡Animo, sargento! Ahora hay unas nubes muy espesas, pero el sol saldrá muy pronto y todo volverá a ser como era.

—No, ya nunca será nada como era antes —respondió la joven tristemente.

Aquella misma noche, Tanner recibió otra llamada. La señora Smith-Farnley se quejó de que era una mujer abandonada y que ahora, más que nunca, después del terrible disgusto sufrido con el robo del medallón, necesitaba compañía para ver las cosas de nuevo con más optimismo. Tanner se disculpó alegando una terrible jaqueca, debida a las secuelas de un fortísimo catarro sufrido días antes.

—Iré en cuanto me sienta mejor y te haré ver la vida de color de rosa —prometió con aquella frase infame, pero que sabía causaría gratos efectos en el ánimo de la opulenta— física y monetariamente —señora Smith-Farnley.

CAPÍTULO IV

El anciano caminaba penosamente por la acera, apoyado en un bastón. Su pie derecho estaba aparatosamente envuelto en un vendaje. De cuando en cuando, emitía un suspiro o un gemido de dolor. Un policía se le acercó amablemente y le invitó a subir a su coche, para llevarlo adonde fuese. El anciano gotoso dijo que no era necesario, que ya estaba su casa muy cerca y que, de todas formas, agradecía muy sinceramente el gesto. Sacó un purito y se lo ofreció al agente.

—Fúmatelo cuando acabes el servicio, hijo.

—Gracias, buen hombre, y que se mejore de su reuma.

El anciano siguió caminando. Dobló una esquina y descansó un poco. En realidad, vigilaba la casa situada en el centro de un bonito jardín.

De pronto, un grupo de tres hombres salió de la casa. Al mismo tiempo, un enorme coche negro se detenía frente a la verja de entrada.

El anciano gotoso reanudó la marcha. Alcanzó a los tres hombres cuando se disponían a cruzar la acera. Entonces, pareció tropezar y tuvo que apoyarse en uno de ellos.

—Oh, dispénsame... —dijo humildemente, mientras forcejeaba por recobrar el equilibrio—. Este pobre pie mío... Me falla tanto...

Benchley estuvo a punto de lanzar una exclamación de cólera, pero se contuvo oportunamente. De buena gana hubiera lanzado al medio de la calle a aquel inoportuno viejo, pero entonces divisó a lo lejos, en la esquina, el uniforme azul de un policía y puso cara de buena persona.

—No se preocupe, abuelo, no ha sido nada —sonrió—. Quizá la culpa es mía...

—Gracias, señor, muchas gracias...

Benchley movió la cabeza y entró en el coche, seguido de sus

dos guardaespaldas, mientras el anciano se alejaba renqueando penosamente. El gran automóvil negro arrancó de inmediato.

La mano izquierda de Benchley se movía nerviosamente, acariciando de continuo el frondoso bigote del que se sentía tan orgulloso. Benchley pensaba preocupadamente en los problemas que se le habían acumulado en los últimos tiempos. Había creído tener la solución con la muerte de Slade, pero alguien, inexplicablemente, había echado a rodar sus planes.

Por fortuna, aún le quedaba un as en la manga. El jefe Schliever, por supuesto, se plegaría a sus deseos. O el escándalo explotaría con la potencia de una bomba de gran calibre.

De pronto, notó cierto alivio de peso en el interior de su chaqueta. Con dedos, nerviosos hurgó en el bolsillo donde solía llevar la billetera.

Un rugido de furor brotó en el acto de su garganta.

—¡El maldito viejo! —bramó—. No era más que un carterista...

Los acompañantes de Benchley se sorprendieron enormemente de lo que había sucedido. Obsequiosamente, el chófer dijo:

—Estoy viendo un coche de patrulla, señor. ¿Quiere que me pare para informarles de lo sucedido?

—No —contestó Benchley de inmediato—. Ya he tenido bastante de policía después de lo que ha pasado en mi casa. A fin de cuentas, lo que he perdido ahora no tiene la menor importancia.

Repantigándose en el asiento, sonrió satisfecho. De haber guardado la carta comprometedora en la billetera como había pensado en un principio, no habría tenido los medios suficientes para tirar de la nariz al jefe Schliever y hacerle bailar al son de la música que él tocase.

En aquellos instantes, el anciano gotoso, cuyo pie parecía sanado por una especie de milagro, tiraba la billetera por encima de la verja, en la parte trasera del jardín de la residencia de Benchley. Frustrado, Tanner estuvo a punto de dejar los pocos cientos de dólares que el individuo llevaba consigo al salir de casa, pero comprendió que ello sería cometer un error, ya que Benchley adivinaría entonces los motivos del robo, y se echó el dinero al bolsillo.

—Para gastos, que no van a ser pocos —se dijo, con melancólica resignación.

La sargento Sally Slade se detuvo ante la puerta del despacho de su jefe y tocó con los nudillos. Edison Schliever dio su permiso y la joven franqueó el umbral.

—Me ha llamado, jefe —dijo.

Schliever, grueso, carirredondo, de ojos como bolitas de acero, asintió con la cabeza.

—Sí. Entre y siéntese.

—Gracias, señor.

Schliever le entregó una fotocopia.

—Lea, sargento.

Al primer vistazo, Sally sintió que se le retiraba la sangre del rostro.

—¡Dios mío! Jefe, ¿cómo ha llegado esto a su poder?

—Por correo, ¿cómo diablos quiere que llegue? Esa carta me la escribió usted, ¿no es cierto?

—Sí, señor. No tiene nada de particular...

—Salvo que me da las gracias por el ascenso y se pone a mi disposición incondicionalmente. Ya, ya sé, es una fórmula de cortesía y usted la escribió porque le pareció adecuada.

—Y porque sé que a usted le gusta que le escriban sus agentes cuando les concede una recompensa o un ascenso. Y sé que guarda esas cartas en su archivo particular, porque tiene ambiciones políticas y un día puede echar mano de ellas, para que la gente vea lo bueno que ha sido con sus subordinados. Lo cual, por otra parte, es cierto.

—Maldita sea, sargento; no tiene usted pelos en la lengua. Sí, así es, en efecto; pero en el presente caso, da la casualidad de que la carta está escrita por una mujer joven y bonita, y en esta condenada ciudad hay periodistas de pluma tan venenosa como los colmillos de una serpiente de cascabel, y sacarían consecuencias absolutamente inexactas.

—Y la gente, además, se reiría muchísimo.

Schliever maldijo otra vez.

—Si pesco al que sacó el original de mi archivo... Bueno, en fin, de nada sirve lamentarse. La he llamado a usted, porque quiero que esté al corriente de lo que sucede. Como comprenderá, el que envía la carta no lo hace por generosidad. El remitente es Benchley y me ha telefoneado hace diez minutos escasamente. Quiere que

retiremos la acusación contra Rob Clancy o enviará copias de la carta a todos los periódicos. ¡Es un inmundo chantaje, sargento!

—¡Pero el caso contra Clancy está clarísimo, señor! —exclamó Sally.

—Por eso mismo. Benchley está perfectamente enterado de los trámites. Sabe que aún no hemos enviado el caso al fiscal y que podemos retirar perfectamente la acusación. Ahora bien, Clancy sabe muchas cosas de su jefe y, esta vez, los abogados no han conseguido que un juez lo ponga en libertad bajo fianza. Clancy puede ser condenado a un mínimo de diez años y si las ve demasiado negras, tal vez empiece a hablar, para que el fiscal sea moderado en sus peticiones ante el tribunal. ¿Lo entiende ahora, sargento?

Sally se mordió los labios. Por fortuna, se dijo, el jefe Schliever no sabía que ella había recibido también una copia de la carta, aunque enviada por su difunto exmarido. Con todos sus defectos, Schliever era un hombre íntegro y, posiblemente, de enterarse totalmente de la verdad, le pediría que dimitiese.

De pronto, tomó una decisión.

—Jefe, ¿me permite usar su teléfono?

—¿A quién va a llamar, sargento?

—A... —Sally vaciló un instante y luego añadió—: Es un buen amigo mío, detective privado.

Edison Schliever alzó los brazos y la vista al cielo.

—¡A quien se le diga esto pensará que estamos locos! —clamó—. Todo un jefe de policía de esta ciudad, recurriendo a los servicios de un detective privado, cuando, con una sola orden, puede poner en movimiento a cientos de policías.

Sally se esforzó por sonreír.

—Sí, pero es que da la casualidad de que ninguno de esos hombres actúa como mi amigo —manifestó, al mismo tiempo que levantaba el teléfono.

Estaba preparando el café cuando, de pronto, sintió unas manos en la cintura. Unos labios rozaron su oreja derecha.

—Perry, ¿cómo has entrado? —se sorprendió la joven.

—Por la puerta trasera. Tienes la casa vigilada, preciosa —respondió él, sin soltar su presa.

Empezó a subir las manos hacia arriba, en busca de los senos,

redondos y tibios. Sally se apartó vivamente a un lado.

—Déjate ahora de retozos —dijo de mal talante—. El jefe Schliever ha recibido una fotocopia de la carta.

—Vaya, Benchley parece amigo de la divulgación de secretitos, ¿eh?

—Está haciendo chantaje al jefe. Quiere que suelte a Rob Clancy.

—No tengo el gusto de conocer a ese caballero, preciosa.

—Ven a la sala. Te explicaré...

—Quieta. Hay ventanas y podrían vernos desde la calle. Aquí estamos bien.

—Sí, tienes razón. —Sally se pasó una mano por la frente—. Dispénseme; estoy un poco nerviosa y no coordino bien...

Tanner le ofreció un cigarrillo. Después de encenderlo, dijo:

—Explícamelo todo, Sally.

La joven habló durante unos minutos. Al terminar, Tanner emitió una amplia sonrisa.

—Deja que me encargue del caso —solicitó—. A propósito, ¿qué plazo le ha dado al jefe?

—Una semana. Benchley es lo suficientemente listo como para saber que Schliever no puede libertar inmediatamente a Clancy, o resultaría muy sospechoso. Pero dentro de una semana, oficialmente, deberían estar terminadas las investigaciones y entonces parecería muy natural que se declarase la inculpabilidad de Clancy por falta de pruebas.

—Muy bien, de modo que tenemos una semana, ¿eh?

—Sí.

—El tipo que está ahí afuera es de mediana estatura, pelo claro y ralo y ojos de búho. Llama a Jefatura, di que sospechas que está planeando robar alguna de las casas de la vecindad y que acuda un coche de patrulla. Se lo llevarán...

—Y enviarán a otro.

—Al menos, verán que no te duermes.

Tanner se fue hacia la puerta. Desde allí, contempló a la joven. Luego meneó la cabeza.

—Eres demasiado arisca —se lamentó.

—Y tú un tipo demasiado voluble. Ahora quiero ésta, aquélla me gusta para hoy, mañana la pelirroja... Perry, la amistad es una

cosa...

—Y «lo otro», otra. Adiós, guapa.

—Espera, no te vayas todavía —llamó ella inesperadamente.

Tanner dio un salto hacia adelante.

—¿Sí? —dijo, ansioso.

—¡Qué hombre! ¿Es que no sabes pensar en otra cosa?

—Cuando estoy delante de una mujer guapa, me pierdo —respondió él con alegre cinismo.

—En mi caso, nada, pero nada de nada. ¿Está claro de una vez?

—Eso ya me lo habías dicho hace un momento, Sally.

—Bueno, es que tú no haces más que hablar del asunto... ¿Qué sabes del ladrón de mi placa?

—Lo están buscando. Te llamaré en cuanto lo haya localizado.

—Pero no puedo ir a verle, Perry.

—Claro. He querido decir que te llamaré cuando sepa quién le pagó por robarte la placa. ¿Digo adiós, preciosa?

—Sí.

Tanner abrió la puerta.

—No te olvides de espantar al moscón —dijo.

Estuvo en las inmediaciones, hasta que percibió la imagen del coche de patrulla, que se acercaba con las luces apagadas y la sirena en silencio. Vio al fisgón conducido en volandas hasta el automóvil por dos fornidos agentes, y rió en la oscuridad.

Luego fue a ver a su amigo Crowsey.

—Nada todavía —dijo el dueño del bar.

—Lástima. ¿Es que mil dólares no son capaces de estimular la memoria de la gente?

—Cuando las cosas se hacen bien, no se saben y, por lo tanto, no hay quien las recuerde, porque las ignora.

—Sí, eso es cierto. Buenas noches, Guff.

—Buenas noches, *Flash*.

CAPÍTULO V

Después de leer el contenido de la carta que acababa de recibir, Benchley lanzó un rugido de rabia.

Por fortuna, se dijo, estaba solo en su despacho. Ahora empezaba a comprender algunas de las cosas que le habían sucedido en los últimos días. Ahora se entendía el misterio de la desaparición de una placa policial que él mismo había dejado a los pies del cadáver de Slade.

Tras unos segundos de reflexión, se puso en pie y abrió la caja fuerte. Sí, faltaban aquellos documentos... El ladrón no sólo se había llevado el dinero, sino que también había cargado con unos documentos que, sin comprometerle gravemente, podían crearle una difícil situación.

No sabía qué era peor, si dejar que condenasen a Clancy o permitir que divulgasen los documentos. Tanto en un caso como otro, los perjuicios podían resultar muy elevados. Le costaría una enorme suma de dinero. Los abogados, se dijo, podían desvirtuar las posibles acusaciones de Clancy. En cambio, los documentos probarían su connivencia con ciertos figurones políticos, a los cuales tenía en nómina. El escándalo sería terrible y ya no podría aprovecharse de los beneficios que obtenía de aquellas amistades.

De pronto, entró uno de sus subordinados en el despacho.

—Jack, maldita sea, te he dicho mil veces que llames antes de entrar...

—Perdón, jefe. Acabo de encontrar esto en el jardín. Es su billetera, la que le robaron hace dos días.

Benchley contempló la billetera, que su acólito sostenía mediante la presión del índice y el pulgar.

—Jack, ¿quién más ha tocado eso? —preguntó.

—Nadie, señor. Yo la vi en el suelo, cuando estaba repasando la alarma y...

—Déjala encima de la mesa con todo cuidado. Conozco a alguien que podrá sacar de la billetera todas las huellas dactilares. Así sabremos quién es el ladrón, ¿comprendes?

Jack Dagger sonrió.

—Sí, señor —dijo. La billetera quedó sobre la mesa en el acto.

En aquel instante sonó el teléfono.

—Déjame solo, Jack.

El esbirro se marchó. Benchley levantó el aparato y pronunció su nombre.

—Hola, Tommy —dijo alguien de voz alegre y desenvuelta—. ¿Ha recibido mi cartita?

—Sí. ¿Quién es usted?

—Llámeme... el Vengador Justiciero. O, si le parece demasiado largo, Manny. ¿Eh?

—Manny, dejémonos de tonterías —dijo Benchley bruscamente—. ¿Cuál es su trato?

—La carta contra los documentos.

—Oiga, ¿qué interés tiene usted...?

—No haga preguntas absurdas. Mis motivos no le importan en absoluto. Si no nos ponemos de acuerdo, fotocopias de esos documentos irán a parar a todos los periódicos y los originales al fiscal.

—¿Es usted de la policía?

—Una pregunta idiota más y cuelgo el teléfono —exclamó Tanner tajantemente—. Esta conversación se va a referir únicamente a la carta y a los documentos.

—De acuerdo —se resignó Benchley—. Adivino que desea un intercambio, ¿no?

—En efecto. Le permito proponer el lugar del encuentro, pero con una advertencia. Irá usted solo, sin compañía. ¿Está claro?

—¿Cómo sé que no se queda con fotocopias...?

—¿Cómo sé yo que no tiene usted más fotocopias de la carta?

—No hice más que una, la que le envié al jefe Schliever, lo juro.

—Muy bien, le concedo ese crédito. Yo no he hecho aún ninguna fotocopia. Vamos, hable.

Benchley se mordió los labios.

—Las doce de la noche, pasado mañana, en la tercera salida oeste del Sierra Park —dijo—. Hay una fuente con dos surtidores en

el claro cercano. ¿Le parece bien?

—Estupendo. Pero, recuerde, debe ir solo. Y no lleve armas.

—Usted también irá desarmado.

—Sólo uso mis dedos —rió Tanner antes de colgar el teléfono.

—Los dedos —murmuró pensativamente Benchley—. Puede que por esos deditos te atrape... y entonces, condenado hijo de puta, vas a ir a parar al mismísimo infierno.

Estuvo así unos segundos y luego levantó el aparato, para marcar un número. Alguien contestó al otro lado.

—¿Sí?

—Te encargué un asunto, Dan.

—Está solucionado.

—Gracias.

Fue una conversación muy breve. Acto seguido, Benchley empezó a pensar cómo podría preparar una trampa al ladrón de los documentos, para atraparle y rescatarlos, sin necesidad de entregarle la carta.

En aquellos momentos, Tanner recibía una llamada:

—*Flash*, soy Guff.

—Ah, hola. ¿Algo nuevo?

—El nombre es Charlie Stone. Calle Veintisiete Oeste, cuatrocientos cincuenta, departamento B 3.

—Gracias, Duff.

Tanner estaba en aquellos momentos vestido solamente con unos pantalones cortos. Inmediatamente, fue al dormitorio, para equiparse con la indumentaria adecuada.

Tocó suavemente con los nudillos en la puerta, pero no le contestó nadie. Había ido prevenido y se dijo que le convenía aguardar al ocupante del apartamento. Abrir una cerradura de aquella clase era para él juego de niños.

Cerró con todo cuidado y encendió la luz. Inmediatamente, apreció que Charlie Stone ya no le diría quién le había encargado robar la placa de la sargento Slade.

Inspiró con fuerza. Era inútil registrar la casa. Ciertos asuntos se llevaban solamente de palabra. Pero ¿no habría alguien que conociera a Stone y pudiera facilitarle algunos detalles?

Contempló el cadáver. Le habían retorcido el pescuezo. Eso lo había hecho, calculó, un hombre muy forzado. O muy hábil, tanto

daba. El silencio del ladrón quedaba así garantizado.

No quiso perder más tiempo. Apagó la luz y abandonó la casa con la misma discreción empleada a la llegada.

Durante unos minutos, pensó en hacer una visita a Sally. Desistió muy pronto. No quería que se le encendiese la sangre inútilmente. Por otra parte, aprobaba la actitud de la joven. Sally no era como otras mujeres que había conocido.

—No sé qué pensará ella, pero si quiero obtener algo, tendré que pasar por la iglesia —murmuró.

De pronto, se echó a reír. Él, el famoso Ladrón Invisible, casado con una sargento de policía. Un buen chiste..., aunque lo que acababa de ver no tenía maldita la gracia.

Frustrado y hasta enojado consigo mismo, volvió a su casa y se acostó.

Al día siguiente, le llamó alguien:

—Perry, amorcito.

Tanner respingó. «¡Demonios, la había olvidado por completo!», se dijo.

—Dime, cariño —contestó.

—Me tienes muy abandonada. ¿Hay otra mujer en tu ardiente corazón?

La opulenta señora Smith-Farnley hacía unas frases pésimas. A veces, le entraban ganas de golpearla con un jarrón en la cabeza.

—Pues... no, claro que no, preciosa..., pero soy un hombre muy ocupado...

—Sí, ya sé que viajas mucho... Pero, de cuando en cuando, conviene olvidar un poco los negocios... Oh, además, hoy... Me siento tan impresionada...

—¿Te ocurre algo malo? —preguntó Tanner por mera cortesía.

—Acabo de leer el periódico. He sufrido una impresión terrible. Mi alma sensible ha sufrido una infinita agonía...

—¡Caramba, no habrá aparecido algún vidente, anunciando el próximo fin del mundo!

—Perry, corazoncito, no hagas chistes malos. Han asesinado a un antiguo sirviente mío. El pobre, tan fiel, tan leal... me seguía como un perrito a todas partes... Pobre Charlie; he encargado que le lleven una corona de flores...

—¿Has dicho Charlie? ¿Es ese Stone que mencionan los

periódicos? —exclamó el joven, súbitamente interesado.

—Sí, el mismo.

—Descuida, hermosa. Esta noche iré a consolar tu justa aflicción y haré que el sol de la felicidad resplandezca sobre tu noble frente.

—Oh, Perry, eres maravilloso —exclamó Edith arrobada.

Las casualidades de la vida, sonrió él, mientras volvía el teléfono a la horquilla. Y aún disponía de más de veinticuatro horas antes de acudir a la entrevista con Thomas Benchley.

La velada resultó muy agradable. Aunque madura, Edith poseía los encantos suficientes para satisfacer cumplidamente a un hombre. Después de largo rato de efusiones amorosas, quedaron tendidos lánguidamente sobre el lecho.

A poco, Tanner se incorporó sobre un codo y contempló el desnudo cuerpo de la dama. Sí, a sus cuarenta años. Edith resultaba mucho más atractiva que mujeres más jóvenes. Y, sobre todo, era experta.

Paseó el índice por los senos y llegó hasta el blanco vientre.

—Te sientes mejor, supongo —dijo.

—Tú has confortado mi aflicción —contestó ella.

—¿Has sentido mucho la muerte de Stone?

—Era un hombre tan gentil, tan considerado... Yo le apreciaba mucho y sentí infinito el día en que me anunció que se despedía...

—¿Por qué, Edith?

—Bueno, yo tenía una doncella un tanto larga de dedos. Noté en un par de ocasiones la falta de algún dinero, un par de joyas no demasiado valiosas y... En fin, logré descubrir que ella era la ladrona.

—Sí, suele suceder, aunque no veo qué relación pueda tener con Charlie.

—Es que Charlie estaba enamorado de la doncella. Fíjate si tenía alma noble, si era hombre desprendido, que se acusó a sí mismo de aquellos robos, para evitar que Meg fuese a parar a la cárcel. ¡Hombre más noble y generoso no lo habrá jamás en el mundo! Exceptuándote a ti, claro.

—Gracias, guapa. De modo que la doncella...

—Sí, una tal Meg Dillon. Resultó ser una... Bueno, no quiero emplear palabras inadecuadas. Pero Charlie se despidió y, claro, yo no podía oponerme...

—Lógico, preciosa.

«Pareja de bandidos. Seguramente, estaban en connivencia», pensó Tanner.

De repente, Edith le empujó y lo hizo quedar boca arriba. Luego, ella se situó encima.

—Cariño —murmuró ardientemente.

Tanner pensó que de algún modo había de pagar los informes obtenidos. Pero mientras poseía a la ardiente dama, no pudo evitar poner sus pensamientos en Sally Slade.

El coche se detuvo en las inmediaciones del parque. Tres hombres se apearon del vehículo y caminaron hacia una de las entradas.

El parque estaba completamente solitario y casi a oscuras. Una vez franqueada la entrada, Benchley se volvió y miró sucesivamente a sus dos secuaces.

—Faltan todavía veinte minutos —dijo—. Tú, Jack, sitúate detrás de aquel árbol. Hank, tu sitio está donde yo te indique. Sígueme. Y no olvidéis ninguno de los dos que debéis acudir cuando empiece a toser. ¿Entendido?

Los dos esbirros asintieron en silencio. Jack Dagger se apostó junto al árbol. Hank Kovak siguió a Benchley.

Transcurrieron algunos minutos. Para entretener la espera, Dagger empezó a golpear la palma de la mano izquierda con la cachiporra corta que había sacado de uno de sus bolsillos. Dio media docena de golpes y, de repente, sintió que una mano le tapaba la boca a la vez que, tirando hacia atrás, oprimía su nuca contra el tronco del árbol.

Casi en el acto, un chorro de gas le dio de lleno en pleno rostro. El aerosol funcionó casi treinta segundos sin interrupción. Tanner mantuvo la presión de su mano hasta que notó la relajación en el cuerpo del sicario.

Entonces lo soltó. Guardó el aerosol en el bolsillo posterior del pantalón y, agarrando a Dagger por debajo de los sobacos, lo arrastró al otro lado de unos arbustos.

A las doce en punto, avanzó por el centro de la pequeña glorieta, hasta el hombre que aguardaba en las inmediaciones del surtidor.

—¿Benchley?

—Sí. Usted es Manny.

—El mismo.

Benchley alargó el cuello, como si quisiera ver mejor la cara de Tanner. El joven se echó a reír, a la vez que se atusaba el bigote artificial.

—No se moleste. Estoy disfrazado.

Benchley se atiesó.

—Bien, no hablemos más... —De repente, se puso a toser fuertemente, a la vez que ponía un pañuelo ante su boca—. Di... dispense... —dijo entre golpe y golpe de tos—. Tengo un enorme catarro...

—Tommy, es inútil. Sus esbirros están durmiendo.

Benchley abrió la boca estúpidamente.

—Dur... miendo...

—Gas narcótico —dijo Tanner plácidamente.

Y, de súbito, disparó su puño izquierdo, clavándolo en el estómago de su interlocutor.

Benchley expelió todo el aire de sus pulmones. Un segundo golpe, dirigido venenosamente a su oreja izquierda, le hizo rodar por el suelo de costado. Aturdido, permaneció inmóvil, sin capacidad de reacción, notando, con enorme rabia, las manos del hombre que registraban velozmente todos sus bolsillos.

Al cabo de unos momentos, Tanner se irguió, con un papel en la mano. Con la llama de su encendedor, contempló la autenticidad del documento. Luego sacó unos cuantos papeles y se los tiró a la cara a Benchley.

—Por fortuna es la carta auténtica —dijo cortantemente—. Escuche bien esto que le voy a decir: soy hombre que cumple su palabra, y por eso le entrego los documentos que le quité. No he sacado ninguna fotocopia; puede estar seguro de ello, y confío en que usted haya hecho lo mismo. Pero si veo que me ha mentido, le buscaré dondequiera que se encuentre y le cortaré el pescuezo.

Benchley tenía los ojos llenos de lágrimas, producidas por la frustración y el resentimiento de la derrota. De pronto, vio que el joven se inclinaba hacia él y le ponía algo en la frente.

—Ahí va —dijo Tanner—, ahora será el hombre de los dos bigotes.

Silbando alegremente, se encaminó en busca de la salida del parque.

CAPÍTULO VI

Con los ojos cargados de sueño, Sally Slade abrió una rendija de la puerta de su casa, sin quitar, empero, la cadena de seguridad. Parpadeó al reconocer a su intempestivo visitante, que la había despertado en lo mejor del sueño, cerca ya de la una de la madrugada.

—Ha llegado el cartero, señora —dijo Tanner alegremente.

—¡Perry! —exclamó ella. Quitó la cadena, abrió la puerta y se ajustó mecánicamente la bata con una mano—. ¿He oído bien o estoy dormida todavía?

Riendo jubilosamente, Tanner abanicó el rostro de la joven con la carta.

—Se acabaron tus problemas y los del jefe Schliever —dijo.

—Oh, Perry, eres... —Sally estaba a punto de echarse a llorar—. No sé qué decirte...

—Puedes decir: «Voy a darte un beso, querido».

Ella apretó los labios.

—Especie de miserable lujurioso, si te doy un beso... será como darte un dedo; luego querrás todo el brazo...

Tanner sonreía.

—Voy a decirte una cosa, bonita. No me tomes por presumido, pero quiero que el día en que eso suceda, sea por propia voluntad, y no por mera gratitud. Si ahora decidieras acceder, yo pensaría que lo hacías obligada a mí. Y no lo quiero así, ¿comprendes?

—Sí —respondió Sally—. Pero te diré una cosa. Creo que nunca podré acceder.

—¿Porqué?

—Si empezase, me gustaría seguir siempre. Y no puedo, mejor dicho no quiero. Eres un ladrón, recuérdalo.

—Lo sé.

—Tampoco admito tus excusas, de robar a los ricos, para dárselo

a los pobres. ¿Quién podría creer una cosa semejante?

—Nadie, desde luego. —La carta cambió de manos—. Sally, en lugar de pagarme con tus encantos físicos, págame el favor de otra manera.

—Si está en mi mano...

—Seguro. Averigua el domicilio de una tal Meg Dillon. Debe de tener antecedentes.

—¿Tienes algún dato más de esa mujer?

—Era, hasta hace cosa de un año, doncella de la señora Smith-Farnley. Fue acusada de robar algunas joyas, pero un tal Charlie Stone se autoacusó del robo. A pesar de todo, fue despedida. No tengo más datos; es todo lo que puedo decirte —respondió Tanner.

—Si Meg Dillon trabajó para la señora Smith-Farnley, ésta podría haberte dado algún dato sobre su aspecto personal —opinó Sally.

—No me atreví a preguntárselo, compréndelo.

Los ojos de Sally chispearon vivamente.

—Quítate de mi vista, donjuán profesional, seductor a tanto la hora —dijo—. Los hombres, a veces, dan asco.

—Menos cuando os enloquecen —rió él con todo desparpajo, a la vez que iniciaba la retirada—. Sally, no dejes que tu rabia impida pagar el favor que me debes —se despidió.

Y, silbando alegremente, salió a la calle y tomó el camino de su casa.

Era bien entrado el mediodía, cuando Tanner recibió una llamada.

—Soy Sally. Tengo lo que me pediste.

—Bien, dímelo.

Tanner tenía en la mano un lápiz. Inmediatamente, anotó el domicilio de Meg Dillon.

—Gracias, sargento —dijo con voz impersonal.

—Perry... —La voz de Sally se había tornado de repente indecisa.

—¿Sí? ¿Pasa algo?

—Anoche... bueno, esta madrugada... Creo que no..., no me porté demasiado bien contigo...

—Oh, vamos, no te preocupes —respondió él jovialmente—. Son cosas que pasan, propias de mujeres celosas.

—¿Yo? ¿Celosa yo? —protestó ella casi a grito pelado—. ¿Es que acaso te has figurado que estoy loca por ti?

—Pues... a juzgar por tu comportamiento, cualquiera pensaría que es así. Pero si tú dices lo contrario, es que no estás celosa y nadie mejor que tú para conocer tus sentimientos. De todos modos, dispénsame.

—No hay nada que dispensar. Adiós.

Sally colgó bruscamente, mientras él sonreía. Acto seguido, Tanner fue al baño para terminar el aseo, interrumpido por la llamada telefónica, ya que acababa de levantarse, después de haberse acostado muy entrada la madrugada.

Cuando se disponía a salir, sonó de nuevo el teléfono.

Era Sally de nuevo.

—Quiero que sepas que no estoy celosa, pero que te agradezco lo que hiciste por mí —manifestó.

—Con los informes que acabas de darme, estamos en paz, sargento.

—Le he devuelto la carta al jefe Schliever. Está investigando quién es el autor de la sustracción.

—Eso es muy interesante. ¿Me lo dirás?

—¿Para qué?

—Tengo curiosidad de conocer al tipo, simplemente.

—Veremos —respondió Sally, sin comprometerse a nada.

—Está bien. Voy a ver a Meg Dillon. Ya te contaré algo otro rato.

La casa en que vivía la exdoncella de Edith no era cosa del otro mundo, aunque tampoco estaba situada en un barrio mísero. Tanner se imaginó en el acto, por el ambiente que reinaba en aquellos parajes, que Meg Dillon había cambiado su profesión de sirvienta por otra más lucrativa, pero menos honesta.

Meg Dillon abrió a los pocos momentos de haber llamado. Era una mujer alta, de grandes senos, rubia, muy pintada y de ademanes que confirmaron en el acto las sospechas concebidas por Tanner. El joven calculó su edad en unos treinta y dos años muy ricos en experiencia.

—Hola, guapo —dijo Meg—. Te ha recomendado Artie Buchs, supongo.

Tanner sonrió.

—No conozco a Artie, pero el que me dio tu nombre no exageró lo más mínimo —respondió, con la mejor de sus sonrisas—. ¿Puedo pasar, guapa?

Meg se echó a un lado.

—Soy muy comprensiva con las debilidades humanas —dijo significativamente—. Pero me gustan las compensaciones. Supongo que me entiendes.

Tanner sacó un espectacular rollo de billetes, que causó un vertiginoso volteo de ojos de la rubia.

—¿Tienes un pozo de petróleo, guapo? —preguntó.

—Tengo un pozo lleno de billetes, para la mujer hermosa que sepa hacer algo más que complacerme —respondió él.

—No entiendo...

—Tú conocías a Charlie Stone, Meg.

Ella se puso seria en el acto.

—¿Por qué lo preguntas?

Tanner separó cinco billetes de cien y los puso en abanico, como si fuese una mano de naipes en un juego de póquer.

—No preguntes mis motivos —dijo—. Ni tampoco quieras saber quién soy yo. Puedes llamarme Manny, si te parece, pero eso es todo.

—De acuerdo. Empieza a hacer preguntas... ¿Quieres algo de beber, Manny?

—No, gracias. Dime, ¿quién robó las joyas de la señora Smith-Farnley? ¿Tú o él?

—Él, claro. Pero aquella vaca gorda me acusó injustamente...

—Sí, tuvo que ser una acusación injusta —dijo Tanner, a fin de halagar a la rubia—. Pero eso significa que tú y Charlie erais buenos amigos.

—Hombre, hasta cierto punto... Ahora, el pobre está muerto...

—Ahí es donde yo quería ir a parar. ¿Quién lo ha matado?

Los ojos de Meg se entornaron.

—Tú no eres policía —murmuró.

—Ni lo sueñes siquiera —rió él—. Vamos, cuéntame lo que sepas. Estoy muy interesado en el asesinato de un buen amigo tuyo.

—Me lo encontré hace días. Andaba mal de dinero y sobrado de lo otro, ¿sabes?

—¿Qué es lo otro? —preguntó Tanner ingenuamente.

Meg soltó una estruendosa carcajada.

—Bueno, el cuerpo le pedía juerga y no llevaba encima para tomarse un vaso de cerveza. Yo le dije que ahora hay cosas que no hago gratis ni siquiera al mejor amigo. Entonces, Charlie me dijo que antes de muy poco, vendría a verme y actuaría para él todo el tiempo que quisiera y que me lo pagaría a dólar el segundo.

—¡Generoso! —exclamó Tanner burlonamente.

—Bueno, eso es lo que dijo, pero no tuvo tiempo de cumplirlo. Antes alguien lo envió al otro mundo.

—¿Cuántos días hace de tu encuentro con Charlie?

—Una semana, aproximadamente. Ya no he vuelto a verle.

—Pero no sabes quién pudo «apiolarle».

—No. Lo siento mucho. Aunque... Le rompieron el cuello o algo por el estilo, ¿no?

—Sí, en efecto.

—Puede que fuera aquel tipo... Quizá me equivoque, Manny, no te lo puedo asegurar, pero te daré esa pista por si te sirve. Aquella misma tarde, le vi hablando en un bar al que suelo acudir, el Red & White,

con un tipo monstruoso, un fulano que lo menos pesa media tonelada y tiene las manos como palas... Si quieres, ve al Red & White

y pregunta a la dueña por el monstruo. Dile que vas de mi parte; es buena chica y te atenderá encantada.

—¿Sabes el nombre de ese tipo?

—Oí algo así como Gordo, pero no estoy muy segura...

—Gracias, Meg. Iré al

Red & White.

Los cinco billetes cambiaron de mano. Meg sonrió.

—¿Por qué no te quedas un rato? —sugirió. De pronto, se desabrochó la blusa. Debajo no llevaba nada—. ¿No te gusta la perspectiva? Si tienes algún caprichito, dilo sin reparos; no soy de las que se asustan...

Tanner palmeó suavemente la mejilla de la mujer.

—Otro rato —dijo—. Por cierto, ¿cómo se llama la dueña del bar?

—Linda. Linda Wall. Peo no le gustan los hombres.

—¿Cómo lo sabes?

—A veces, me llama.

—¿Y vas?

—Me paga, Manny.

Tanner abrió la puerta.

—Adiós, Meg.

—Pero me gustan más los hombres —dijo ella.

—No lo dudo.

Tanner se abanicó la cara al encontrarse de nuevo en la calle. «Uf», pensó.

Y, sin perder más tiempo, se encaminó al Red & White.

La dueña del local era una mujer que ya se acercaba peligrosamente a la cuarentena, alta, de rostro adusto y pelo muy negro, cortado casi como un hombre. En aquel momento, Linda Wall conversaba con su único cliente, una mujer diez años más joven que ella y de aspecto mucho más atractivo, a la que parecía acosar con las palabras y la mirada.

Tanner se acercó al mostrador y esperó unos minutos. Linda se separó al fin de la otra y fue hacia el recién llegado.

—Diga, señor.

—Un *whisky* —pidió Tanner. Y añadió—: Me envía Meg Dillon.

—¿Ah, sí? ¿Busca algo especial?

—A usted, Linda.

Ella le puso delante el vaso.

—¿Qué le ocurre, amigo?

—Se trata de Charlie Stone y un amigo suyo, un tipo al que llaman Gordo...

Linda retiró el vaso inmediatamente.

—Lárguese —dijo—. Yo no delato jamás a mis amigos. Fuera, polizonte.

—No soy de la policía...

—A otro perro con ese hueso. Lárguese o le echaré yo a patadas. ¿Se lo repito?

Tanner contempló unos instantes los bíceps de la mujer y decidió que no valía la pena complicarse la vida con una pelea.

—Está bien, ya me voy. De todos modos, el médico me ha recomendado que no beba venenos y que no contemple cosas horribles. No hay nada peor para la salud —dijo vitriólicamente.

Linda le contestó con una obscena interjección. Tanner contestó que la suya lo era cien veces más. Luego se encaminó en busca de la salida. No estaría nada mal darle una buena lección a aquella repulsiva mujer, pensó.

De pronto, oyó un grito.

—No, no quiero... Suéltame, por favor...

—Tú te quedas aquí, ¿me oyes?

Tanner se volvió. Linda forcejeaba con la otra mujer, que se resistía con todas sus fuerzas. Pero Linda era mucho más robusta y parecía llevar todas las de ganar.

Regresó sobre sus pasos y tocó en el hombro a la dueña del bar.

—Ella no quiere quedarse —dijo fríamente.

CAPÍTULO VII

Tanner se hallaba a la derecha de Linda, quien se revolvió fulgurantemente al oír su voz, tratando de golpearle en la boca con el revés de la mano. El joven, sin embargo, fue también muy rápido y aprisionó la muñeca femenina, aprovechando el propio impulso para situar el brazo a su espalda. Con cierta clase de prójimas, pensó, no valía la pena tener consideraciones, de modo que apoyó el pie en sus posaderas y lo disparó hacia adelante con todas sus fuerzas.

Linda salió catapultada hacia adelante, chocó contra una mesa, que volcó por el impacto, y cayó al otro lado. Las faldas se le bajaron hasta la cintura y quedó así, con los pies por alto y apoyada en el suelo con las manos. Antes de que pudiera recuperarse, agarró la mano de la otra mujer y tiró de ella.

—Será mejor que nos larguemos —dijo.

La joven asintió. Estaba muy sofocada.

—Esa mujer es repulsiva, asquerosa —dijo, cuando ya estaban en la calle.

—Me he enterado de que tiene ciertas debilidades —sonrió Tanner, a la vez que abría la puerta de su coche.

—¿Debilidades? Es una viciosa... Le debo trescientos dólares y quería cobrárselos... ¿Le digo lo que tenía que hacer para saldar mi deuda?

—No es necesario. A propósito, me llamo Manny.

—Yo soy Rosie Green. Gracias, Manny.

El coche había arrancado ya.

—Lo malo es que Linda enviará a un amigo suyo a cobrar la deuda —dijo Rosie tristemente a los pocos minutos—. Y yo no puedo pagarle... Usted mencionó el apodo antes...

—¿El Gordo? —recordó Tanner.

—Sí. Su verdadero nombre es Dan Dailgh... Si no me encuentra

en casa, me buscará para partirme un brazo... Le gusta romper los huesos...

Tanner entornó los ojos.

—De modo que El Gordo irá a tu casa —murmuró.

—Seguro. A estas horas, Linda ya le está telefoneando. Es un hombre monstruoso... Si pudiera marcharme de la ciudad, lo haría encantada... Pero no tengo el dinero necesario...

—¿Es muy alta la cifra?

—Manny, tú no tienes tanto dinero, así que no mencionemos siquiera el asunto —contestó Rosie, envaradamente.

—Será mejor que me lo digas —aconsejó él.

—Cuatro mil dólares. Me han ofrecido un buen asunto en Sausalito y necesitaría tres mil para arrancar y mil más para sostenerme un tiempo, hasta que la cosa empezase a dar dinero...

«Caramba, yo podría dárselo, pero la cifra es demasiado alta y no estoy para andar repartiendo el dinero como si fuese un jeque del petróleo», pensó Tanner. Pero, de repente, se le ocurrió una idea y se echó a reír.

—De modo que Dan el Gordo irá a verte —dijo.

—Sí, aunque no le veo la gracia...

—Calma, Rosie. Esperaremos los dos juntos a ese tipo. Y mañana, puedes creermelo, tendrás el dinero suficiente para que puedas marcharte de la ciudad sin dificultades.

De pronto, Tanner divisó una farmacia y buscó un sitio para estacionar el coche.

—Aguarda un minuto, Rosie; vuelvo en seguida.

—¿Conoces la distribución del bar de Linda? —preguntó él, veinte minutos más tarde.

—Sí. Una vez tuve que subir a sus habitaciones privadas... Esa mujer es repugnante; ya no se trata de un defecto, sino de puro vicio...

—No te enojos —recomendó Tanner—. La vida es así, Rosie. Ahora, por favor, hálame de la residencia privada de Linda.

Treinta minutos después, llamaron a la puerta.

Linda se puso una mano en el pecho.

—Es él —susurró.

—Abre —dijo Tanner—. Y no tengas cuidado.

Rosie cruzó la estancia y abrió la puerta.

—Hola, pequeña —saludó Dan Dailgh con voz ridículamente aflautada—. Me envía Linda, ¿sabes?

—Sí, pasa. Tengo el dinero preparado.

Dailgh dio un par de pasos. La puerca se cerró de golpe en aquel instante y se volvió en el acto.

—Diablos, ¿qué hace aquí este tipo?

—Perfumarte, chiquitín —sonrió Tanner, a la vez que arrojaba al rostro de Dailgh un chorro de gas narcótico.

Dailgh lanzó un rugido, a la vez que ponía las manos ante los ojos, lugar al que Tanner había dirigido el gas en primer término, a fin de cegarlo momentáneamente. Dailgh retrocedió, perseguido vivamente por el joven, que no cesaba de lanzar gas al sujeto. Rosie, prevenida, había huido al dormitorio.

De pronto, Dailgh se derrumbó, haciendo retemblar el pavimento. Tanner, que había aguantado la respiración hasta aquel instante, corrió hacia la ventana y la abrió de par en par para llenarse los pulmones de aire puro. Aun así, reconocía la enorme fortaleza de Dailgh y le arrojó otro chorro de gas, para tener la seguridad de que no despertaría tan fácilmente.

Rosie asomó la cabeza, temerosa. Tanner sonrió.

—Listo —dijo.

El Gordo despertó treinta minutos después y lanzó un rugido de ira al darse cuenta de que estaba completamente atado y en el fondo de la bañera. Los pies, unidos por los tobillos, quedaban sujetos por una tira de sábana al inodoro y al lavabo, de tal modo, que su cabeza y los hombros quedaban a un nivel sensiblemente inferior.

—Dan —anunció el joven—, voy a abrir los grifos. No puedes moverte, así que te ahogarás en pocos minutos, apenas te haya cubierto el agua la cabeza.

—¿Quién es usted? —rugió el sujeto—. ¿Por qué me hace esto?

—Para enterarme de la persona que te ordenó matar a Charlie Stone.

Dailgh apretó los labios.

—Aunque me mate, no hablaré —contestó.

Tanner sonrió y abrió los grifos.

—Ya veremos —contestó.

Encendió un cigarrillo y se sentó plácidamente en un taburete.

—Tu vida no me importa en absoluto, Gordo —añadió.

Pasaron algunos minutos. Dailgh levantó la cabeza un poco. El agua le cubría ya el robustísimo tórax.

—¡Basta! —aulló—. Cierre los grifos...

—Habla, Gordo.

El gigantón estaba a punto de derrumbarse. Ya tenía la barbilla a ras de agua.

—Fue Linda... Ella me lo ordenó...

—¿Linda?

—Sí... Cierre los grifos...

—Está bien.

Tanner abandonó el taburete y cortó el agua. Hizo que Dailgh se incorporase un poco y destapó la bañera, para evacuar su contenido.

—Pero ¿no me suelta? —protestó el sujeto.

—¿Me tomas por tonto?

Otro chorro de gas fue a parar a la cara de Dailgh. Segundos después, Tanner llamó a la joven.

—¡Rosie!

Ella apareció en el acto.

—¿Ha hablado?

—Sí. Ayúdame un poco, ¿quieres?

Estupefacta, Rosie contempló cómo Tanner ponía una inyección al gigante. Tanner sonrió.

—Dormiré hasta la madrugada, que es lo que me interesa. Mientras, tú te alojarás en mi casa. Mañana por la mañana, podrás marcharte, ¿entendido?

Los ojos de Rosie estaban llenos de lágrimas.

—Manny, ¿cómo podré pagarte...?

—Ya me has pagado, ayudándome a entrar en el dormitorio de Linda —contestó él—. Vámonos, se hace tarde.

La maleta de Rosie estaba junto a la entrada. Apagaron las luces y salieron de la casa. Tanner tenía el propósito de avisar a la policía, apenas hubiera hecho la incursión en el dormitorio de Linda Wall.

Completamente enmascarado, con su atuendo de Ladrón Invisible, Tanner llegó al dormitorio y entreabrió la puerta. Alguien roncaba ruidosamente. Encendió su lamparita y divisó a Linda

completamente desnuda. En el suelo había una botella, en la que todavía quedaban algunas gotas de licor.

El espectáculo no tenía nada de agradable. Tanner franqueó el umbral, cerró cuidadosamente la puerta y paseó la vista por la estancia. Empotrada en uno de los muros había una caja fuerte.

Las llaves yacían sobre la mesita. Ni siquiera tendría que actuar buscando la combinación. Junto a las llaves había una agenda.

La hojeó durante unos momentos. Una anotación le hizo parpadear.

«Por el asunto Ch. S., T. B., debe \$ 1000»

Estaba claro. Thomas Benchley debía a Linda mil dólares por haber concertado el asesinato de Stone. Dailgh, por tanto, no le había engañado.

Volvió más hojas de la agenda. Era bastante grande y contenía un sinnúmero de anotaciones. Dudó unos instantes. La inmensa mayoría de las personas allí citadas, todas bajo sus iniciales o una clave, debían dinero a Linda. ¿Era el bar una «tapadera» de Benchley?

De todos modos, aquella agenda no podía presentarse como una prueba ante un tribunal. Lo mejor que podía hacer era destruirla. Pero antes...

En la caja fuerte había nada menos que catorce mil dólares. Era dinero procedente de mil extorsiones y se lo apropió sin ningún escrúpulo. Pero también encontró algo que le hizo arquear las cejas.

Había media docena de bolsitas, todas las cuales contenían un polvillo blanco de significado más que sospechoso. Abrió una, probó un poco de polvo con la punta de la lengua y escupió en el acto. Era lo que le faltaba a aquella repulsiva mujer.

De repente, notó algo duro en el centro de la espalda.

—Si hay algo que odie son los ladrones —dijo Linda inesperadamente.

Tanner se puso rígido, maldiciéndose por no haber mirado en el cajón de la mesilla donde una mujer como Linda Wall no podía por menos de guardar un revólver. Y conociendo a la prójima, se dijo, podía presumir que apretaría el gatillo sin demasiados escrúpulos. A

fin de cuentas, era un intruso al que había sorprendido robando en su casa.

—Está bien, me rindo —dijo, a la vez que levantaba las manos.

—Vuélvete —ordenó Linda.

—Claro.

Tanner giró velozmente. Su codo izquierdo golpeó el arma, desviándola violentamente. Al mismo tiempo, disparaba el puño derecho contra el blando y desnudo estómago de la mujer.

Linda gruñó. Sin emplear consideraciones, Tanner agarró su cabeza por los pelos y la hizo erguirse. Luego usó de nuevo el puño derecho, ahora dirigido contra el mentón de Linda. La dueña del bar cayó fulminada.

Tanner emitió un largo suspiro. Fue a secarse el sudor de la frente con el antebrazo, pero recordó que la tenía cubierta por la capucha. Sin perder más tiempo, llevó a Linda a la cama y la dejó allí. Luego cerró la caja fuerte de nuevo. La droga quedó en el mismo sitio.

Linda despertó un cuarto de hora más tarde. Al momento, notó que estaba atada de pies y manos. Tanner entró en aquel momento, con un gran cuenco de porcelana en las manos.

—Hola, preciosa —saludó jovialmente—. ¿Sabes para qué es esto?

Los ojos de la mujer despedían fuego.

—Tengo amigos. Te encontrarán y te harán picadillo —amenazó.

Tanner se echó a reír.

—Eso es algo que todavía está por ver —contestó—. De modo que T. B. debe mil dólares por el asunto Ch. S., ¿eh?

Linda se puso lívida.

—¿Cómo lo sabes? —aulló.

Pero Tanner no contestó. Fría y metódicamente, estaba arrojando las hojas de la agenda al cuenco. Cuánto tuvo una docena, las prendió fuego con su encendedor.

—¡No, eso no! —gritó Linda—. Te pagaré lo que quieras...

—Lo que estoy haciendo no se puede pagar con dinero —dijo Tanner sin inmutarse.

Quince minutos después, la agenda no era más que un montón de cenizas, que fueron a parar al sumidero. Tanner limpió bien el

cuenco y lo devolvió a su sitio. Luego al dormitorio y empleó de nuevo el gas narcótico.

—Felices sueños —deseó burlonamente.

Cuando Linda estuvo dormida, le quitó las ligaduras.

Una vez estuvo en la calle, fue a la puerta del bar y pegó allí un rótulo que había escrito sobre una cuartilla.

Era un aviso muy singular. La voz se correría pronto por las inmediaciones. Antes de cuarenta y ocho horas, supuso, lo sabrían todos los interesados.

El mensaje escrito decía.

¡AVISO!

A partir de hoy, perdono todas mis deudas.

Linda Wall.

CAPÍTULO VIII

—Nunca olvidaré esto, Manny —dijo Rosie a las ocho de la mañana, con los ojos llenos de lágrimas—. Necesitaba cuatro mil, pero tú me has dado seis mil...

—Bah, no te preocupes siquiera. Lo he hecho con gran placer. Toma el autobús inmediatamente y no vuelvas por aquí en los días de tu vida.

Rosie asintió. Alguien llamó a la puerta de la casa. Tanner abrió.

—Han pedido un taxi —dijo el hombre que estaba en el umbral.

—Sí —respondió Tanner—. Lleve a la señora adonde ella le indique.

—Bien, señor.

Rosie se puso de puntillas y besó la mejilla del joven.

—Adiós, Manny.

—Suerte, preciosa.

Tanner permaneció en la puerta hasta que Rosie se hubo acomodado en el taxi. Cuando ella agitó la mano en señal de despedida, Tanner contestó con un gesto análogo. Luego, pensativamente, cerró y se dispuso a meterse en la cama.

Entonces llamaron a la puerta.

Abrió, con cierto fastidio. Una mano golpeó su mejilla violentamente.

—¡Toma, sátiro! —gritó Sally.

Tanner se quedó atónito ante aquella situación absolutamente inesperada. Después de abofetearle, ella giró sobre sus talones y se dispuso a marcharse, pero Tanner, reaccionando con viveza, saltó hacia adelante, la agarró por la cintura y la entró a viva fuerza en su casa.

Sally pataleó furiosamente.

—Suéltame, miserable, especie de granuja...

Sin inmutarse, Tanner dio unos cuantos pasos más y la arrojó

sobre un diván. Sally se levantó, rebotando como una pelota.

—Has tenido a esa furcia en tu casa toda la noche y ahora la despides con un beso... ¿Cuánto dinero te ha costado esa zorra?

—¡Cállate, estúpida!

Sally abrió la boca, aturdida por el violento apostrofe. Antes de que pudiera decir nada, Tanner continuó:

—Esa mujer me ayudó a localizar al asesino de Stone, cosa que no habéis hecho aún vosotros, los policías —continuó furiosamente—. He encontrado también a una distribuidora de drogas y ahora están los dos entre rejas. También sé que Stone fue el que robó tu placa, por orden de Benchley, quien después, para evitar que hablase, porque Stone pedía más dinero, dispuso que alguien le rompiera el cuello. Esa furcia que tú dices, es una mujer que sólo quiere regenerarse y que se marcha de la ciudad, para evitar posibles represalias. ¿Lo entiendes ahora?

Sally seguía desconcertada.

—¿Ha... hablas en serio? —dijo débilmente.

—¡Pues claro que sí! —barbotó Tanner malhumoradamente. Y, a continuación, hizo un sucinto relato de sus actividades durante la víspera, para terminar diciendo—: Todo eso surgió, como consecuencia de los informes que me diste acerca de Meg Dillon.

—Lo siento, yo no me pude figurar...

—¡Yo no me pude figurar! —Remedó él, incluso aflautando la voz—. Has entrado, como un toro furioso en una cacharrería, y te has puesto a dar cornadas por todos los sitios... ¿Sabes lo que te digo, Sally?

—Espera un momento. Quería decirte que hemos pescado al ladrón de la carta. Es un agente que está en oficinas...

—Eso ya no me importa en absoluto —contestó Tanner malhumoradamente—. Recuperé el original, te lo devolví y ahí se acabó la cosa.

Abrió la puerta, agarró a Sally por un brazo y la hizo girar en redondo.

—Con que no estabas celosa, ¿eh? —dijo, burlón—. Bien, si no tienes celos, no es necesario tampoco que vengas más por aquí.

Bajó la mano con violencia y golpeó con fuerza el redondo trasero de la joven. Sally chilló y dio un saltito hacia adelante, mientras la puerta se cerraba a sus espaldas con gran estruendo.

Con los ojos llenos de lágrimas, echó a andar por el sendero de losas bordeado de césped, hasta el coche que había dejado junto a la acera. Se lo tenía bien merecido, pensó. Y lo peor de todo era que Perry se sentía justamente ofendido y que no quería volver a verla ni en pintura.

Por su parte, Tanner, y aunque se había pasado la noche en vela, tuvo que hacer algo que no había hecho en mucho tiempo, a fin de poder conciliar el sueño: tomarse un calmante.

El hombre estaba en pie, frente a la mesa tras la cual se hallaba sentado Thomas Benchley. Sol Kalwetch parecía muy nervioso y tenía motivos para estarlo, puesto que había sido suspendido provisionalmente en su empleo, hasta que el tribunal de Asuntos internos de la policía adoptase una decisión sobre su caso.

—Me van a echar, seguro, señor Benchley —dijo quejumbrosamente—. Quedaré en la calle, sin trabajo...

—Sol, no te preocupes por eso —manifestó Benchley, con aire de generosidad—. Yo te daré un buen empleo y cuando cobres tu sueldo todos los meses, te reirás de la porquería que te pagan en la policía. Por ese lado, pues, puedes estar tranquilo. Y ahora, hablemos de otras cosas. ¿Qué hay de las huellas encontradas en mi billetera?

—En Jefatura no teníamos nada. Tuve que hacer una consulta al FBI, pero contestaron que no había tampoco nada. Por fortuna, el tipo había servido en la Armada. Me dieron una descripción completa de él y pude localizarle en la guía de teléfonos. Se llama Perry Tanner y reside en el mil cuatrocientos treinta y tres de la Ocean Road. Eso es todo lo que puedo decirle...

—Es suficiente —atajó Benchley, satisfecho—. Sol, ve tranquilo a tu casa; te llamaré muy pronto y te diré cuál va a ser tu nuevo empleo.

—Sí, señor. Gracias, señor.

El sujeto se retiró. Benchley volvió entonces la cabeza hacia un individuo que había permanecido en silencio durante la entrevista.

—¿Qué te parece, Vince? —consultó.

Vince Walters, alto, delgado, de pómulos salientes y mirada fría, mano derecha de Benchley y ejecutor de muchos de sus negocios turbios, hizo una mueca antes de contestar.

—Ese hombre no es seguro —dijo—. «Cantaría» sólo con la

amenaza de toser en la habitación contigua.

—Sí —convino Benchley pensativamente—. Tipos como Sol Kalwetch en la organización no resultan nada convenientes...

—Pero sí pueden dar mucha utilidad como cadáveres.

—¿Qué quieres decir, Vince?

—El hombre que le robó la billetera es el mismo que le jugó aquella mala pasada en el parque. ¿Por qué no le hace usted otra jugarreta? A la policía no le gustan mucho los escándalos y aún tardarán un tiempo en expulsar a Kalwetch. Ahora, imagínese lo que sucedería si apareciese muerto en la casa de Tanner.

Benchley se reclinó en el respaldo de su sillón, a la vez que se acariciaba el mentón.

—No es mala idea —murmuró. De pronto, se echó a reír—. Sí, Kalwetch puede resultarnos muy útil después de muerto. Y aunque las circunstancias nos obligan a tomar esta decisión, no tardaremos mucho en encontrar otro policía que quiera colaborar con nosotros y, por supuesto, con mejor carácter que Kalwetch. Vince —dijo Benchley a la vez que se enderezaba—, ya tienes la idea básica. Ahora, empieza a trazar el plan definitivo.

—Empezaré primero por estudiar las costumbres de ese Tanner —respondió Walters.

Benchley asintió. Sí, Tanner debía morir. Le había estropeado una buena operación; habría podido tener acogotado al jefe Schliever y lo único que había cosechado era el más rotundo de los fracasos sufridos hasta entonces en su larga carrera de negocios reñidos con la ley.

Era una mujer de notable estatura, esbelta, de porte muy distinguido y figura muy bien contorneada. Tanner se detuvo ante ella y la contempló con la sonrisa en los labios.

—Que me cuelguen si esta superbelleza no es Helen Bryant —dijo—. A menos que esté soñando...

La mujer sonrió a la vez que le tendía una mano, finamente enguantada.

—No sueñas, Perry —contestó—. Soy Helen Bryant.

—Tan hermosa como siempre —dijo él, reteniendo entre las suyas la mano de Helen. ¿Qué es de tu vida? Hace un siglo que no te veía...

—¿Me estás llamando vieja, Perry?

Tanner rió suavemente.

—Era sólo una frase —contestó—. Tú eres la viva estampa de la juventud y la hermosura, estallante de vitalidad...

—Por favor —le interrumpió Helen, riendo—. Me encuentro bien de salud, no soy fea y... en cuanto a la juventud, se perdió ya hace muchísimos años.

—Eres una deliciosa embustera. ¿Te consideras vieja a los treinta y uno?

Helen bajó la voz, al mismo tiempo que acercaba su rostro al de Tanner.

—Treinta y dos —susurró.

«Miente, se quita tres, pero no importa», pensó él.

—Me gustaría celebrar el encuentro —dijo en voz alta—. ¿Dónde podemos tomar una copa? A menos que tengas algún compromiso...

—Ninguno, Perry. Soy libre como el viento.

—¡No me digas! —se sorprendió Tanner.

—Enviudé hace un par de años.

—Oh, cuánto lo siento...

Helen se echó a reír.

—Sigues mintiendo, pero me gusta —se colgó de su brazo—. Tengo el coche a poca distancia. ¿Por qué no vienes a tomar la copa en mi casa?

—Esas cosas no se dicen nunca dos veces —aceptó él en el acto.

Thomas Benchley levantó el teléfono, marcó un número y dio su nombre al oír la respuesta al otro lado de la línea.

—Sol, tengo algo para usted —dijo—. Aguarde en su casa al hombre que irá a verle. Se llama Hank Kovak.

—Bien, señor. ¿Qué es lo que debo hacer?

—No sea estúpido, Sol. Kovak se lo dirá todo.

—Sí, señor...

Benchley colgó el teléfono. Con el cigarro encendido entre los dedos, se recostó en el sillón, volvió un poco el cuerpo, levantó la cabeza y miró a Walters.

—Es un buen plan, en efecto —dijo.

—Puede considerar a Tanner fuera de combate —aseguró Walters con aire de suficiencia—. Para usted, ya no es problema alguno ese individuo.

Benchley soltó una risita.

—Si supiera la que le espera...

En aquellos momentos, Perry Tanner estaba gratamente ocupado en recorrer con los labios el esbelto cuerpo de Helen Bryant. Había empezado por el hombro izquierdo y como tenía el obstáculo del vestido, apartó el tirante y dejó al descubierto un redondo seno, rematado por un rosado vértice, que se había erguido vivamente. Aprisionó con los labios aquella apetitosa región anatómica y la mujer se retorció y gimió sordamente.

—Perry, querido, no me atormentes...

Tanner continuó la agradable labor. Helen se dejaba desnudar sin oponer la menor resistencia. Cerró los ojos cuando supo la llegada del momento del éxtasis y sus uñas se clavaron en la musculosa espalda masculina.

Pasó un buen rato antes de que ninguno de los dos pronunciase una sola palabra. Luego se contemplaron recíprocamente. Estaban tendidos en el suelo, sobre una enorme piel de oso. La única luz que había en la estancia era la de las llamas de la chimenea cercana. A su resplandor, el hermoso cuerpo de Helen, sin el menor velo, parecía de piel rosada en ocasiones.

—No se puede negar —dijo ella—. Eres todo un hombre.

—Psé... —dijo él, con aire indiferente—. Corrientito, como muchos.

—No te hagas el modesto. Acometes como un toro...

—¿Cómo puedes decir una cosa así?

Helen se echó a reír.

—No hagas nunca preguntas indiscretas a una mujer —dijo, a la vez que alargaba una mano, para asirle por la nuca y hacer que las dos bocas se juntaran de nuevo en un beso lleno de voluptuosidad.

De nuevo los dos cuerpos se fundieron en uno solo. Durante largos minutos sólo hubo ruidos de respiración muy agitada, jadeos, susurros... Al cabo de un tiempo, Tanner se puso en pie.

—Creo que es hora de tomar una copa —dijo.

Se acercó a una mesa, en la que había servicio de licores, y destapó una botella de fino cristal tallado. De pronto, vio algo que llamó su atención.

—Bonita pulsera —exclamó.

—¿Te gusta?

Tanner levantó la pulsera, una pesada pieza de oro, adornada con una docena de piedras preciosas. Junto a la pulsera había un collar de perlas y una valiosísima sortija, cuyo atractivo principal estaba constituido por un brillante del tamaño de un garbanzo.

—Es muy bonita —contestó—. Lo mismo que el collar y la sortija. Supongo —añadió—, que se trata de perlas auténticas, y también el brillante lo debe de ser, ¿no?

—Perry, nunca me gustaron las joyas falsas —respondió Helen.

—Pero eres una imprudente, teniéndolas aquí, tan a la vista...

—Oh, he tenido que asistir a una recepción y me las puse. Cuando llegaste tú, acababa de dejarlas ahí encima... Naturalmente, tengo en casa una caja fuerte, a prueba de ladrones.

—Una excelente precaución —alabó Tanner, a la vez que empezaba a llenar las copas. El encuentro ocurrido días antes había servido para iniciar aquella agradable aventura, que esperaba culminar con la «limpieza» de la caja fuerte de Helen Bryant. Ahora ya conocía bien la casa y podía dar el golpe sin temor a cometer fallos.

Sonriendo, volvió junto al fuego con las copas y se sentó junto a la hermosa dueña de la casa. Pronto se haría de noche, pero en el interior de la estancia, debido a las cortinas, corridas desde el principio, parecía que lo fuese realmente.

Levantó su copa.

—Por el próximo encuentro —brindó.

—¿Qué será...?

Tanner hizo un gesto ambiguo.

—No tardará mucho en producirse —contestó. Y pensó: «Volveré a esta casa antes de lo que te piensas, preciosa». Tenía que hacerlo, porque Helen Bryant era la última de su lista.

CAPÍTULO IX

El coche dio la vuelta a la esquina y se paró a pocos metros. Tres hombres desembarcaron del vehículo. Kalwetch se sentía renuente a ejecutar lo que le habían propuesto los otros dos.

—Esto no me gusta —rezongó.

—Tienes que hacerlo —dijo Dagger—. Entiendes de estas cosas y el jefe quiere los papeles hoy, sin falta.

—Bueno, con llevarle todos los que encontremos...

—¿Eres tonto? —se burló Kovak—. Si nos llevásemos todos los papeles, Tanner sospechada en el acto. Sólo son un par de cuartillas y, si dejamos todo tal como está, tardará mucho tiempo en darse cuenta de que le faltan. ¿Lo entiendes ahora?

Kalwetch asintió.

—Pero yo no sé abrir...

—No te preocupes; yo me encargo de esa tarea —dijo Dagger—. Vamos, en marcha.

Los tres hombres cruzaron el jardín transversalmente, acercándose a una de las ventanas laterales de la casa. Dagger, efectivamente, actuó con gran habilidad. Segundos después, podía levantar el bastidor sin hacer el menor ruido.

—Vamos, adentro.

Kalwetch pasó al interior de la casa, ayudado por Kovak. Dagger quedó junto a la ventana.

—No veo nada —grujo Kalwetch.

—Aguarda, buscaré el interruptor.

Segundos después, se disipaban las tinieblas. Un tanto sorprendido, Kalwetch paseó la mirada alrededor.

—Aquí no parece que pueda haber ningún papel —observó.

—Están en la otra habitación. Vamos.

Kalwetch empezó a caminar hacia la puerta, sin apercibirse de que Kovak sacaba una pistola con silenciador. Después de abrir,

encendió la luz y volvió a explorar el ambiente con la vista, completamente ignorante del arma que apuntaba directamente a su nuca.

La pistola tenía silenciador y no hizo apenas ruido. Kalwetch, alcanzado de lleno en el bulbo raquídeo, dio un tremendo salto y cayó de bruces al suelo, pateando convulsivamente.

Con espantosa sangre fría, Kovak desenroscó el silenciador y dejó el revólver en el suelo. Había llevado los guantes puestos todo el rato. Previamente, había limpiado la pistola con toda meticulosidad. No había ni una sola huella en el arma.

Tanner encontraría el cadáver y la pistola. Lo primero que haría, instintivamente, sería coger el arma. La policía no le daría tiempo a esconder la pistola y...

Satisfecho, emprendió la retirada.

Sally Slade se sentía inquieta, muy nerviosa. Hacía días que quería dar aquel paso, pero el orgullo le había impedido usar siquiera el teléfono para disculparse ante Tanner. Al fin, un oscuro sentimiento, que se negaba a reconocer, pese a que sabía la certeza de su existencia, le había impulsado a tomar su coche. Hablaría con Tanner, pondría las cartas boca arriba... Perry tenía que abandonar su carrera de ladrón. Era la única condición que le pondría para...

—Estoy pensando en lo que él piensa continuamente —se dijo, furiosa consigo misma, por las imágenes que se representaban casi sin cesar ante sus ojos. Pero sabía que era algo inevitable. Tenía que suceder, porque Tanner era el único hombre que la había hecho vibrar de veras, a pesar de que los contactos habían sido mínimos.

Un ligero beso, las manos... pero, sobre todo, cuando él la había agarrado por la cintura para hacerla entrar en casa a la fuerza. Se estremecía involuntariamente al pensar en lo que podría suceder en una ocasión semejante, los dos sin ropas, las bocas unidas ardientemente...

Ya se acercaba a casa de Tanner y abandonó aquellos pensamientos para concentrarse en la maniobra de estacionamiento. Paró el coche, apagó las luces y, en aquel momento, vio a un hombre a caballo en el antepecho de una de las ventanas laterales.

Inmediatamente, supuso que sucedía algo raro. Abrió la portezuela del coche y saltó fuera, con el bolso en la mano. Junto al hombre que salía de la casa, había otro.

Sacó el revólver de su bolso y corrió un par de pasos.

—¡Alto! ¡Policía! —gritó.

La sorpresa de Dagger y Kovak fue absoluta. Los dos sujetos se volvieron en el acto. Una mujer armada corría hacia ellos.

—¡Tira, tira! —aulló Dagger.

Sally oyó la voz y se arrodilló. Kovak hacía fuego en aquel instante. Por primera vez en su vida, Sally supo lo que era el silbido de una bala, pero no se amilanó por ello. Sosteniendo el revólver con ambas manos, apretó el gatillo.

Dagger lanzó un feroz chillido y cayó al suelo, pero se levantó en el acto, cojeando aparatosamente. Kovak volvió a disparar. La bala arrancó un puñado de tallos de hierba junto a la rodilla derecha de la joven. Sally continuó disparando. La luz, sin embargo, era muy mala y, aunque con dificultades y protegidos por el fuego de la pistola de Kovak, los dos forajidos consiguieron escapar en el coche.

Temblando de excitación, más que de miedo, Sally se puso en pie. ¿Qué había sucedido en casa de Tanner?

Corrió hacia la ventana abierta. Las luces estaban aún encendidas y pudo ver el cuerpo de un hombre tumbado de bruces sobre el suelo. Había sangre junto a la cabeza del sujeto. A su derecha, a un par de palmos de distancia, se divisaba un revólver.

El corazón le dio un vuelco. ¡Perry había sido asesinado!, fue lo primero que pensó. Pero casi en el acto, habituada por su oficio a la observación, apreció las suelas de los zapatos del muerto, de un aspecto hartamente peculiar. No, no era Perry.

Respiró, aliviada. Ya se oía la sirena de un coche de patrulla que se acercaba a toda velocidad, atraídos sus ocupantes por el fragor del tiroteo. Sally dio media vuelta y corrió hacia la acera, con la cartera de identidad en la mano.

El coche policial se detuvo con gran estridor de frenos. Sally enseñó su placa.

—Sargento Slade —dijo—. Se ha cometido un crimen en esa casa. He sorprendido a los asesinos y tuve que disparar contra ellos, pero consiguieron escapar. Uno, sin embargo, está herido. Transmitan la noticia a la central. Yo me hago cargo de todo, hasta que lleguen los de Homicidios.

—Está bien, sargento —contestó uno de los agentes—. Bill,

encárgate de dar la noticia. Yo acompañaré a la sargento Slade.

La velada, iniciada a media tarde, había sido dada por concluida poco después de las diez de la noche. Tanner y Helen se habían separado, después de un tórrido intercambio de caricias. Él había prometido volver muy pronto. Ella le había dicho que estaría siempre para él. Naturalmente, Tanner no había dicho que el encuentro sucedido días antes había sido algo buscado con toda deliberación.

Cuando llegaba a su casa, vio un gran número de luces que destellaban intermitentemente. Había bastantes curiosos y algunos guardias se ocupaban de encauzar el tráfico. Uno de ellos se acercó al joven.

—Por favor, continúe, no se detenga —dijo cortésmente.

—Lo siento, amigo, pero no tengo donde pasar la noche. Ésa es mi casa —respondió Tanner.

—Oh... Siendo así...

—Puedo demostrarlo cumplidamente. ¿Quiere acompañarme? Mi nombre es Tanner... pero ¿qué diablos ha pasado aquí?

—Se ha cometido un asesinato, señor Tanner —respondió el policía gravemente—. Sígame, por favor.

Tanner y el policía se abrieron paso, hasta llegar al interior de la casa, aunque tuvieron que apartarse, para permitir la salida de los sanitarios que se llevaban un cuerpo cubierto con una blanca sábana. De pronto, sonó un grito:

—¡Perry!

Atónito, Tanner vio a Sally que corría hacia él, seguida de un hombre de mediana edad.

—Sally —exclamó él—. ¿Qué haces en mi casa?

—Kalwetch ha sido asesinado. Le pegaron un tiro en la nuca.

—¡Demonios!

—Sin duda, querían achacarte a ti su muerte. Yo sorprendí a los asesinos y cambié con ellos algunos disparos, pero consiguieron huir.

—De modo que me querían cargar el muerto, ¿eh? Bueno, no me habría faltado una coartada —sonrió Tanner, un tanto ya repuesto de la sorpresa.

—¿Una coartada? ¿Hablas en serio?

—Pues claro, muchacha. He estado con...

De súbito, Sally aspiró con fuerza. Acercó su nariz un momento al cuerpo del joven y luego se irguió.

—No me cabe la menor duda; estabas fuera de casa —dijo. Se volvió hacia el hombre que la acompañaba—. Teniente Morgan, este hombre es todo suyo. Adiós, Perry... ¡y ahora para siempre! —exclamó la joven, a la vez que se alejaba con vivo taconeó.

Tanner se quedó con la boca abierta.

—Pero ¿qué demonios le pasa a esa mujer? —Gruñó.

El teniente Morgan le puso una mano en el brazo.

—Está un poco alterada, no le haga demasiado caso. Tuvo que tirotearse con unos malhechores y eso excita siempre un poco los nervios. Venga, Tanner, hemos de hablar sobre las causas que impulsaron a dos tipos a liquidar a uno de nuestros hombres en su casa, a fin de hacerle cargar con las culpas. Ya se le pasará, créame.

Tanner tenía la vista fija en el exterior.

—De modo que esa chica se encontró con el jaleo...

—Así es. Me ha dicho que venía a verle a usted, aunque por un asunto privado. Vio a los dos hombres y...

Tanner entornó los ojos y sonrió.

—¿Ha mencionado el asunto que la trajo a mi casa, teniente?

—No, en absoluto. Dijo que era una cosa íntima y, hablando francamente, no veo motivos para obligarla a hablar. Aunque quizá usted pueda decírmelo.

—Si se lo dijera, no me creería —contestó Tanner, repentinamente aliviado de su pesadumbre—. Bien, teniente, estoy dispuesto a contestar a todas sus preguntas y, créame, dispongo de coartadas, en el caso de que se dude de mi inocencia.

—Muy bien, entonces vamos a hablar —dijo Morgan.

Dos días más tarde, Tanner, atendiendo a una llamada del teniente Morgan, acudió al despacho de éste.

—Lo siento, amigo Tanner —manifestó el policía—. Su coartada no tiene valor alguno.

—¿Por qué? Estuve con la señora Bryant desde poco antes de las cinco hasta las nueve y media, aproximadamente.

—La señora Bryant niega conocerle a usted. Dice que jamás le ha visto y que no entiende por qué tuvo usted que mencionar su nombre, para librarle de una posible acusación de asesinato.

Tanner sintió que se le aflojaba la mandíbula inferior.

—Pero... eso es absurdo, disparatado... Le juro que estuve con ella... Oiga, ¿es que ya no recuerda lo que hizo la sargento Slade, cuando olió el perfume que aún quedaba adherido a mi ropa?

—Sí, es cierto, pero también pudo suceder que usted se comprase ese perfume deliberadamente.

—Usted sospecha que yo pude ser uno de los dos hombres a quienes sorprendió la sargento Slade —dijo Tanner, muy rígido.

Parsimoniosamente, Morgan empezó a cargar su pipa.

—El arma no era suya, lo hemos comprobado. También sabemos que jamás ha usado un arma. Pero también es cierto que resulta relativamente fácil adquirir una pistola en el mercado negro; eso es algo que hoy día se vende como rosquillas. Lo que nos interesaría sería averiguar los motivos por los cuales pudo usted dar muerte a uno de nuestros hombres.

La pipa empezó a echar humo después de esta parrafada. Tanner meditó unos segundos. Había cosas que debía callar, si no quería perjudicar a Sally.

—No conocía a Kalwetch y jamás tuve motivos para desear su muerte —dijo al cabo—. ¿Piensa encerrarme, teniente?

—Por ahora, no —respondió Morgan—. Pero le ruego no abandone la ciudad sin antes avisarme.

El joven se puso en pie.

—Marcharme de la ciudad sería lo último que querría hacer —contestó resueltamente.

—Gracias, señor Tanner. Ah, a propósito, ¿en qué trabaja usted?

—Tengo algún dinero ahorrado. Estoy pensando establecerme como abogado. Poseo el título correspondiente, pero eso es algo que no me corre la menor prisa por el momento. ¿Alguna otra pregunta, teniente?

—Por ahora, eso es todo —respondió Morgan.

CAPÍTULO X

Terriblemente encolerizado, Tanner regresó a su casa. Todavía no había hablado con Helen Bryant, pero creía llegado el momento de sostener una entrevista con la mujer que había negado tenerle a su lado en el momento de la muerte de Kalwetch.

También hablaría con Sally, aunque ella dijera lo contrario. Todo era, se dijo, una trampa tendida por Benchley. Pero ¿por qué? ¿Acaso como desquite de su fracaso en la entrevista sostenida en el parque? Aunque fuese motivado por ello, ¿cómo había conseguido averiguar su identidad?

Por el momento, no era un problema demasiado acuciante, aunque tendría que resolverlo, tarde o temprano. Sin esperar a más, levantó el teléfono y marcó un número.

Alguien contestó a los pocos momentos.

—Helen, soy Perry —dijo el joven.

—Ah, hola, Perry. ¿Te ocurre algo?

—Si no te importa, desearía hablar contigo. ¿Puedo ir a tu casa?

—¡Oh, cuánto lo siento...! Tengo que salir de viaje... Mis maletas ya están preparadas. Estaré fuera un par de semanas, ¿sabes?

—Helen, el otro día fueron a visitarte unos policías. Tuviste la desvergüenza de decirles que ni siquiera me conocías. ¿Cómo fuiste capaz de hacerme semejante faena?

—Cariñito, si hubiera dicho algo, me habría comprometido...

—¿Comprometerte tú? —dijo Tanner, riendo sarcásticamente—. ¿Desde cuándo una viuda joven, rica y libre puede sentirse comprometida por el hecho de acostarse con un hombre?

—¡Perry! No emplees un lenguaje tan grosero.

—Tú decías cosas peores el otro día, Helen.

—Por favor, dejemos esto ya, ¿quieres? Se me está haciendo tarde...

—Helen, me has defraudado por completo. Nunca supuse que me jugadas esta mala pasada. Hablando claro, es una guarrada.

—Basta, Perry. Si no tienes más que decir...

—Sí, tengo que decirte algo. La última palabra.

—Muy bien, te escucho.

—Helen, eres una puta asquerosa. Ojalá el próximo que se acueste contigo te pegue la sífilis y se te caigan el pelo y los dientes. ¡Adiós, zorra sarnosa!

Helen lanzó un chillido de rabia, pero Tanner no quiso seguir oyéndola y colgó el teléfono de un manotazo. Durante unos segundos, se sintió acometido por algo que temió derivase en un ataque de nervios, pero logró dominarse, merced a un poderoso esfuerzo de voluntad.

—Estaría bueno que ahora me volviese un histérico —dijo, disgustado consigo mismo. Fue a servirse una copa, para recobrar la tranquilidad, aunque desechó la idea en el acto. El alcohol no resolvería ninguno de sus problemas, fue la conclusión a que llegó muy pronto.

Llevaba puesta una blusa blanca, con el cuello alzado por la nuca, y pantalones negros, muy ajustados, a una figura intachable. Tanner la encontró adorable, aunque procuró ocultar sus emociones tras una máscara de naturalidad.

—Necesito hablar contigo, Sally —dijo desde el umbral—. Te lo pido por favor. Después, cuando hayamos terminado, me despediré definitivamente de ti.

Ella vaciló un instante. Al fin, se echó a un lado.

—Entra —accedió con frialdad.

—Se trata del asunto Kalwetch. Morgan sospecha de mí.

—Lo sé.

—¿Tú también sospechas?

—No. Te creo inocente.

—Gracias. Fue una trampa preparada por Benchley. Pero no entiendo los motivos.

Sally fue a una consola, abrió una caja, sacó un cigarrillo y empezó a golpearlo contra la lisa superficie.

—Tú le hiciste fracasar un buen negocio. Recuerda la carta que recuperaste —dijo al cabo.

—Pero él no sabía que fui yo. ¿Cómo se enteró?

—De algún modo, Benchley obtuvo tus huellas dactilares. Kalwetch solicitó información. La Armada envió su respuesta.

—Sally, el día que encontré a tu marido muerto, no dejé ninguna huella. Jamás las he dejado...

—Alguna vez cometiste un descuido, es la única explicación que se me ocurre —respondió ella.

—¿Un descuido? ¡Imposible! —dijo Tanner enfáticamente.

—No te creas un superhombre —se burló Sally—. Todos los delincuentes, tarde o temprano, cometen un desliz. Kalwetch estaba a sueldo de Benchley, se ha demostrado concluyentemente. Pero a Benchley no le convenía que se supiera de un modo público. Era preciso cerrar una boca comprometedora y así, de este modo, mataba dos pájaros de un tiro. Además, aunque sepamos que Kalwetch era un policía inmoral, no se había probado nada todavía. Oficialmente, seguía siendo un policía. Ahora está muerto y alguien tiene que pagarlo.

—Sí, creo que entiendo. Pero ¿cómo diablos pude descuidarme...?

De súbito, Tanner chasqueó los dedos.

—Ya sé —exclamó.

Sally sonrió.

—Recuerdas el descuido, ¿eh?

—Tienes toda la razón del mundo. Le quité la billetera a Benchley y la arrojé a su jardín después. Pero llevaba las manos desnudas...

—Entonces, no hables más. Benchley estaba ya alerta respecto a la carta. Seguramente, no estaba en la billetera, ¿verdad?

—No, no estaba. Sólo había unos cientos de dólares y me los quedé, para evitar sospechas.

—Pero él sospechó y entregó su billetera a Kalwetch. Después, se produjo el encuentro en el parque. Ahora, empiezo a calcular el montón de razones que tenía Benchley para quitarte de en medio.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, Sally. A propósito, he hablado con Morgan. Sigue considerándome sospechoso, aunque no le he mencionado tus problemas. No puedo decirle que Kalwetch murió a consecuencia de una carta que te comprometía a ti tanto como a tu jefe.

Sally se puso encarnada.

—Si es necesario, se lo diré yo —manifestó.

—No lo hagas. Tendría que saberse la verdad y ello te costaría la placa. Deja que yo siga cargando con las sospechas... hasta que encuentre a dos tipos llamados Jack Dagger y Hank Kovak.

—¿Quiénes son? —preguntó Sally, súbitamente interesada.

—Acompañaron a Benchley a la entrevista del parque. Son sus guardaespaldas y sé que han desaparecido. Deben de estar escondidos en alguna parte. Dagger y Kovak fueron con Kalwetch a mi casa. Uno de ellos entró con el policía traidor y le pegó un tiro. El otro le cubría la retirada.

—Yo herí a uno de los dos...

—Entonces, ya tienes para empezar. Adiós, Sally.

Tanner dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. Sally le llamó con brusquedad.

—¡Aguarda un momento, tú!

Tanner se volvió a medias.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó.

—¿Es cierto que estabas con Helen Bryant aquella tarde?

—Sí.

—Ella lo ha negado.

—El teniente Morgan dice que yo compré el perfume, para que tú lo pudieras oler —sonrió el joven.

—Pudiera ser, Perry. Pero, si es cierto, ¿por qué lo niega Helen?

Tanner se encogió de hombros.

—Ya lo averiguaré —contestó.

—El esposo de Helen fue otro de los que intervinieron en la quiebra de tu padre.

—Sí.

—Perry, si piensas volver a desempeñar el papel de Ladrón Invisible de nuevo...

—Cuando quieras, puedes denunciarme —se despidió él con gélido acento.

Gruñendo y refunfuñando continuamente, Guff Crowsey, desfigurado su rostro por el inmenso mostacho adherido a su labio superior, empujaba el carrito de ruedas, en el que estaba sentado un anciano de aspecto sumamente abatido.

—Esto no puede salir nunca, nunca... —dijo a media voz.

—Tú calla y empuja —murmuró desde su asiento de inválido—.

En cuanto te diga, haz lo que te he dicho y no te preocupes de más. El resto queda de mi cuenta.

—Pero es cuesta arriba. Al menos, podías haber comprado una silla con motor —volvió a quejarse Crowsey.

—Así harás un poco de ejercicio, que te conviene. Además, la pendiente no es tan fuerte, diablos.

Poco a poco, Tanner y su antiguo colega circense iban acercándose a la residencia de Benchley. Cuando estaban a punto de llegar, se abrió la puerta y salieron dos hombres.

Benchley lanzó una maldición. El coche no se encontraba aguardándole, como era la costumbre. Ignoraba que, en aquellos momentos, el chófer estaba muy ocupado tratando de que le pusieran ruedas nuevas. Las cuatro estaban completamente rajadas a navajazos.

Walters, el hombre de confianza, estaba a su lado.

—Iré a buscar un taxi —dijo.

—Date prisa —rezongó Benchley.

Walters se alejó. La calle estaba muy poco transitada en aquellos momentos. Benchley quedó en la acera, mordiendo su impaciencia, sin fijarse siquiera en la silla de ruedas que se le acercaba pausadamente.

De repente, sintió que lo agarraban por los brazos y le hacían sentar en la silla de ruedas. Antes de que pudiera oponer la menor resistencia, oyó una amenaza:

—Tengo una pistola en el bolsillo. Si se mueve de la silla, considérese muerto.

Crowsey puso una manta sobre las piernas del aturdido individuo y se alejó con paso rápido. Walters estaba a cien pasos escasos de distancia y no se había dado cuenta del incidente, atraída su atención por el taxi que se acercaba ya a la acera.

El vehículo se detuvo. Entonces, Walters se sintió empujado y rodó por tierra.

—Yo le he visto antes —dijo Crowsey con todo desparpajo. Abrió la portezuela y ordenó al taxista—: Siga recto hasta que le ordene, amigo.

El coche arrancó. Sentado en el suelo, Walters tenía la boca abierta estúpidamente, sin acabar de comprender lo que sucedía.

Mientras, Tanner había dado la vuelta a la esquina y seguía

empujando la silla de ruedas.

—Benchley, ¿sabe quién soy?

El hombre sudaba de pánico.

—Oiga, si se trata de dinero...

—Usted hizo asesinar a Kalwetch —acusó el joven—. No es una pérdida que sienta demasiado el mundo, pero, a fin de cuentas, es un crimen y no quiero cargar con ese muerto. ¿Lo ha entendido?

—Escuche, yo no sé nada...

—Kalwetch le facilitó mi identidad, a base de las huellas dactilares que dejé imprudentemente en su billetera.

Benchley se sintió repentinamente abrumado.

—Escuche, podemos arreglar esto...

—Sólo hay una forma, Benchley.

—Bien, dígame y haré lo que sea.

—¿Dónde están Dagger y Kovak? ¿Cuál de los dos es el herido?

La nuez de Benchley subió y bajó convulsivamente.

—Lo..., lo ignoro... Le..., les dije que se escondieran...

—Luego admite que ordenó el asesinato de Kalwetch.

Hubo una pausa de silencio. Tanner rió suavemente.

—Lo admite, porque calla —dijo—. Es una lástima que no pueda probarlo, pero quiero que sepa una cosa. Tarde o temprano, acabaré por derrotarle. Y entonces irá a hacer compañía a Rob Clancy, aunque éste, desde luego, saldrá mucho antes que usted. Diez años se pasan pronto, pero usted se quedará en la cárcel mientras viva.

—Mire, Tanner, en este mundo todas las cosas tienen arreglo...

—Dígale eso a Charlie Stone. Y a Ray Slade. También se lo puede decir a Sol Kalwetch. Aunque, claro, tendrá que ir al cementerio para decírselo.

De pronto, Tanner se echó a reír.

—Fin de la conversación —dijo.

Empujó la silla con fuerza. El pequeño vehículo empezó a deslizarse por la pendiente, cada vez con mayor rapidez. Un par de coches tuvieron que hacer violentas maniobras para no atropellar a Benchley, de cuya garganta se escapaban inarticulados gritos de terror.

Benchley vivía en un barrio residencial de gran lujo. La pendiente terminaba en una glorieta, en cuyo centro había una gran fuente, con un surtidor de varios caños. La silla llegó al surtidor y

su ocupante, despedido con gran violencia, fue a parar al interior del estanque que circundaba el surtidor. Riendo alegremente, Tanner se dijo que era una lástima no haber podido filmar la escena. Hubiera sido algo digno de las mejores películas cómicas.

CAPÍTULO XI

Un tanto aprensiva, Sally se detuvo ante la puerta señalada con el rótulo de TENIENTE H.

J. MORGAN

y tocó con los nudillos. El propio Morgan acudió a abrir personalmente.

—Me llamó usted, señor —dijo la joven.

—Sí. Pase, por favor, sargento.

Sally se acomodó en una silla, muy rígida, mientras Morgan se dedicaba a recargar su pipa. Después de encenderla, miró a la muchacha.

—Se trata de Perry Tanner, sargento.

—Sí, señor.

—Usted lo conoce.

—En efecto, desde que éramos niños.

—¿Por qué fue a visitarle la noche en que Kalwetch fue asesinado?

—¿He de contestar a esa pregunta, señor?

—Se lo ruego, sargento.

Sally inspiró profundamente.

—Estoy enamorada de él —declaró.

—Ah... —Morgan lanzó una mirada oblicua a su interlocutora—. No pareció demostrarlo aquel día.

—Bueno, supongo que una mujer tiene que sentirse furiosa si sabe que el hombre al que ama acaba de estar con otra.

—Ciertamente, es un sentimiento lógico —admitió Morgan—. Pero dígame, ¿qué hace el señor Tanner?

—Tiene algún dinero... Cursó la carrera de Derecho, aunque no ha ejercido hasta ahora...

—Es decir, actualmente no trabaja.

—No, señor. Pero ¿puedo decirle una cosa?

—Claro, sargento. Estoy aquí para escuchar todo lo que tenga que decirme —dijo Morgan benevolentemente.

—Gracias, señor. Entonces, le diré que el padre de Tanner poseía una importante empresa, pero se arruinó hace algunos años. Supongo que, a pesar de todo, quedaría algún dinero para el hijo.

—Eso significa que el padre de su amigo murió.

—Hace dos años. La ruina le desmoralizó profundamente y no pudo superar la situación.

—¿Se suicidó?

—No. Digamos que dejó de cuidarse.

—¿Alcohol?

—Corazón, teniente.

—Gracias, sargento. Ahora, por favor, dígame si ha oído hablar alguna vez de una institución denominada colegio de la Santísima Trinidad.

—Eso está en North Mesilla —exclamó ella con notable sorpresa—. Creo que se acogen a niños huérfanos o hijos de padres en difícil situación económica...

—Exactamente, sargento. ¿Sabe?, en ese colegio hay internado un niño que se llama Henry Tanner.

Sally sintió que se le retiraba la sangre de la cara.

—El... tiene un hijo...

—De otra mujer, supongo.

—Mío, no —protestó Sally vivamente.

—Gracias, sargento. Eso es todo.

Casi mareada, Sally se retiró del despacho. Estaba a punto de desmayarse.

Perry tenía un hijo. ¿Quién era la madre?

Pero, sobre todo, ¿cómo podía ser un padre tan desalmado, como para enviar a su hijo a un orfelinato?

Claro, pensó, tenía que hacerlo, a fin de poder actuar a sus anchas como el Ladrón Invisible. Y, de repente, se sintió todavía más furiosa contra Perry.

«He sido una tonta al confesar que le amaba», se dijo. Sin embargo, una voz oculta le dijo que debía actuar con cierta prudencia, antes de dar un paso que, ahora sí, podía resultar absolutamente irreparable.

Mientras, el teniente Morgan estudiaba a fondo el *dossier*

referente a Tanner. Un hombre muy curioso, observó. Era abogado, pero no había ejercido. En cambio, durante algunos años había trabajado en un circo como funámbulo, equilibrista, prestidigitador y hasta ventrílocuo. Y, sin poder contener la risa, recordó el incidente ocurrido al vanidoso inspector Bascomb el día en que se descubrió el robo del famoso rubí de la señora Smith-Farnley.

De repente, se le ocurrió una idea.

¿Era Perry Tanner el renombrado e inaprehensible Ladrón Invisible?

Sin hacer el menor ruido, Tanner levantó el bastidor de la ventana y penetró en la casa, sumida en la oscuridad y el silencio más completos. Por precaución, escuchó durante algunos instantes, pero no logró captar el menor ruido sospechoso.

Tranquilo al respecto, echó a andar con grandes precauciones, lanzando rápidos e interminables destellos de su linterna. Atravesó la estancia y salió al amplio vestíbulo de la casa.

Al otro lado, había un salón biblioteca, del que debía guardar buenos recuerdos, pero que, en realidad, le ponía enfermo al pensar que la dueña de la mansión le había dejado en la estacada. Helen Bryant podía haber confirmado perfectamente su coartada. El teniente Morgan había sido discreto. Pero no lo había hecho así. Ahora sentía un doble deseo de vengarse. Se lo haría pagar muy caro.

Cruzó el vestíbulo y entró en el salón, enfocando inmediatamente la linterna hacia aquel cuadro, de no grandes dimensiones, tras el que se hallaba la caja fuerte. La chimenea, junto a la cual él y Helen habían gozado ardorosamente, estaba apagada. Realmente, en aquella ocasión no hacía un frío excesivo, pero las llamas proporcionaban un grato ambiente al encuentro amoroso.

Llegó junto al cuadro y paseó la mano enguantada por todo su contorno antes de abrirlo. De pronto, se puso rígido.

Acababa de notar en la pared, bajo el empapelado, un ligerísimo relieve de forma longitudinal, que se prolongaba verticalmente hasta el suelo. Sonriendo para sí, extrajo un cortaplumas de uno de sus bolsillos y, después de abrir, empezó a rascar el papel a ambos lados.

Minutos después, dejaba al descubierto un cable empotrado en

la pared, pero la obra no había sido realizada con demasiado esmero, ya que su relieve se percibía un tanto bajo el papel de decoración. Había ido preparado para una eventualidad semejante y utilizó unos alicates, con empuñadura aislante, para cortar el cable que debía disparar una alarma si la caja fuerte era abierta por alguien que no fuese su dueña.

Luego hizo girar el cuadro a un lado. La bruñida superficie metálica quedó al descubierto. Inmediatamente, empezó a hacer girar la rueda de la combinación, con la oreja pegada a la puerta de la caja fuerte.

Durante un buen rato, se concentró absolutamente en la operación. Al fin oyó el chasquido final, hizo girar la manija y tiró de la puerta. Sus dientes brillaron al sonreír de satisfacción.

Había varias cajas que contenían joyas, todas las cuales fueron a parar a la bolsa de terciopelo que había llevado a prevención. También divisó un fajo de billetes. Estaban sujetos por una goma más ancha de lo normal, a un trozo de metal plano. Intrigado, examinó los billetes y el trozo de metal. Se quedó con la boca abierta, al ver que era una plancha ya grabada.

—Increíble —dijo a media voz—. Helen Bryant, falsificadora de moneda...

En otro de los estantes de la caja, divisó un grueso cuaderno, de tapas duras. Acuciado por la curiosidad, lo sacó y empezó a hojearlo.

Era fantástico, se dijo. Jamás hubiera supuesto una cosa semejante de Helen Bryant. Pero las pruebas estaban allí, a la vista, en aquel cuaderno...

De repente, sintió el contacto de algo duro y frío en la piel de su cuello.

—Perry, deja ese libro donde estaba y pon las manos atrás, en el acto. Si no obedeces antes de cinco segundos, dispararé.

La voz era inconfundible. Tanner vaciló un instante y acabó por hacer lo que le ordenaba la dueña de la casa. Apenas había puesto las manos a la espalda, sintió que un lazo le rodeaba las muñecas. Helen tiró con fuerza y lo redujo así a la impotencia.

Acto seguido, dio varias vueltas a la soga. Tanner comprendió que ella había traído el lazo preparado. No era una labor perfecta, aunque sí eficiente, reconoció para sus adentros.

Unos segundos después, se encendieron las luces. Tanner dio la vuelta. Helen estaba a pocos pasos, vestida con un peinador y con un pequeño revólver en la mano.

—De modo que, al fin, he logrado capturar al celeberrimo Ladrón Invisible —dijo—. ¿Cómo te encuentras, Perry?

—Te lo dijo Benchley, ¿verdad? Porque de otro modo no se explica que me hayas reconocido con la máscara puesta.

—Tienes razón —admitió ella—. Me lo dijo Benchley. Aunque también debes saber que supuse que un día u otro vendrías a mi casa. He leído todas las noticias publicadas sobre tus robos. Todas tus víctimas, inevitablemente, habían tenido algo que ver con la ruina de tu padre. Mi marido también, así que, por deducción, supe que no tardarías en hacer una visita a mi casa.

—Eres lista, no cabe duda —sonrió él bajo la máscara—. ¿Qué vas a hacer ahora conmigo? ¿Llamar a la policía?

Helen hizo un signo negativo con la cabeza.

—No —contestó—. Eso es lo último que haría, Perry. No estoy tan loca.

—Pero sí te has embarcado en un asunto que puede costarte muy caro.

Helen sonrió desdeñosamente.

—Si no se entera nadie, no me pasará nada —dijo.

—Helen, tú no eres una asesina. No te creo capaz de disparar a sangre fría contra mí.

—En eso tienes razón. Alguien lo hará, no te preocupes.

—Sí, me lo imagino. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro. Adelante. Puesto que no vas a repetir a nadie lo que se diga o se haga aquí... —accedió ella burlonamente.

—¿Por qué tienes «eso» ahí, en tu caja fuerte?

—Usa el cerebro, tonto. Benchley se encuentra estos días en una situación muy delicada. Simplemente, no quiso arriesgar un registro con orden judicial. De mí no sospecha nadie.

—Luego tú tienes relaciones con él...

Helen hizo un gesto evasivo.

—Digamos que de carácter comercial solamente. Sí, sé lo que hace y no me importa. A fin de cuentas, cobro buenos dividendos. Pero en otros aspectos, las relaciones entre él y yo no existen en absoluto.

—Oh, pensé que serías su amante.

—Como hombre, no me gusta en absoluto. Sólo me interesa de él su habilidad para los negocios. Y es muy grande, créeme.

—Sí, sobre todo si se tiene en cuenta la poca importancia que da a la vida humana —dijo Tanner con aire intrascendente—. Pero ¿cómo pudiste entrar en relación...?

—Esto es algo que ya viene de mi difunto esposo. Por supuesto, yo lo sabía entonces y cuando mi marido murió, le dije que las cosas podían seguir igual, siempre que él cumpliera su parte. Hasta ahora, créeme, no he tenido la menor queja.

—Ese libro puede enviarle a presidio para muchos años, Helen. Y no hablemos de la plancha de imprimir billetes de Banco.

—Nadie lo sabrá, puedes estar seguro de ello —rió la mujer. De pronto, se acercó a Tanner y le arrancó la máscara de un tirón—. El hombre justiciero, ¿eh? —añadió, burlona—. ¿No te da vergüenza haber sido capturado por una mujer?

—En este mundo, todos estamos expuestos al fracaso —contestó Tanner filosóficamente—. ¿Piensas avisar a Benchley?

—De momento, llamaré a otra persona.

Tanner arqueó las cejas. Helen se acercó a un teléfono que había sobre una mesa, levantó el aparato y, sin necesidad de marcar ningún número, dijo a los pocos momentos:

—Baje, Kovak. Ahora mismo.

El teléfono volvió a su sitio. Tanner levantó las cejas.

—Kovak va a ser el que me ejecute —adivinó.

—Quizá —respondió ella un tanto evasivamente.

—¿Sabes que Kovak asesinó a un oficial de policía hace pocos días?

—Por eso está en mi casa, con el herido.

Kovak apareció a los pocos instantes.

—Señora... —De pronto, vio a Tanner y lanzó una exclamación—. ¡Ese hombre... está aquí!

Y sacó una pistola de pavoroso tamaño.

Helen extendió la mano rápidamente.

—Quieto —ordenó—. Eso es algo que se debe hacer lejos de mi casa. Ya tengo bastante compromiso con esconderos a ti y a tu estúpido compinche en el ático.

—Pero ese hombre...

—Hank, a ti sólo te corresponde obedecer —cortó Helen fríamente—. Busca un cordón de cortina y átale también los tobillos.

—Sí, señora.

Kovak guardó la pistola. Instantes después, Tanner quedaba completamente inmovilizado.

—Te dejaré aquí —anunció Helen—. Benchley sabrá mejor que yo lo que se debe hacer en un caso como éste.

—No cabe la menor duda —rió el joven—. Es un hombre con gran experiencia sobre el particular.

Las joyas volvieron a su sitio en la caja fuerte, que Helen cerró nuevamente. Luego se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se volvió hacia el joven y le miró burlonamente.

—Es una lástima —dijo—. Como amante, eres algo extraordinario. Pero, claro, no se puede tener todo en este mundo.

—No te faltará un buen sustituto —contestó Tanner sonriendo.

La puerta se cerró. Tanner lanzó una mirada hacia la ventana más próxima. Ya no tardaría mucho en llegar el nuevo día.

CAPÍTULO XII

Notablemente asombrada, Sally contempló los niños que correteaban alegremente por el bien cuidado césped. El colegio, contra lo que había llegado a creer, tenía un aspecto muy moderno y funcional, y se veía claramente que los internos no debían de carecer en absoluto de ninguna comodidad. El contraste entre los edificios, indudablemente, de muy reciente construcción y los hábitos de las monjas que cuidaban de los niños, era, por lo menos, sorprendente, pensó la aturdida Sally Slade.

—Este colegio no habría podido edificarse, de no haber sido por el difunto señor Tanner, nuestro principal benefactor —dijo la monja que acompañaba a la muchacha—. Pasamos unos momentos difíciles cuando él falleció, sobre todo porque los trabajos estaban a mitad, pero su hijo Perry, muy pronto, se hizo cargo de todo, en memoria de su padre, y así pudimos rematar esta obra maravillosa. Y el caso es que después, otras personas han hecho importantes donativos que nos han permitido, si cabe, mejorar todavía las instalaciones. Le aseguro que los niños se encuentran aquí maravillosamente, hasta el punto de que algunos se resisten a abandonar el colegio cuando los reclaman sus padres...

—Sí, me lo imagino, sor Manuela —dijo Sally—. Indudablemente, deben de estar muy agradecidas al señor Tanner.

—No le quepa duda, señora Slade. Todos los días rezamos por él y por los suyos. Es un hombre muy bueno y Dios le concederá en la tierra la felicidad que sin duda merece. Ah —exclamó de pronto la monja—, aquí está Henry Tanner. Henry, ¿quieres acercarte?

Un niño, de unos siete años y magnífico aspecto, se acercó a las dos mujeres. Sally, pasmada, observó el asombroso parecido que había entre el niño y Perry Tanner.

—De modo que éste es...

—Sí, señora Slade —confirmó sor Manuela—. Él es.

El niño saludó con toda cortesía y se marchó, después de un intercambio de frases corrientes. Sally sentía deseos de morirse de rabia. Tanner había tenido un hijo y lo hospedaba en aquel colegio...

—Cuando el hermano de Henry nos lo pidió, nosotras aceptamos al niño sin la menor vacilación —manifestó sor Manuela—. Era un favor que no podíamos rehusar al señor Tanner.

—Perdone, hermana —dijo Sally—. Habrá querido decir hijo y no hermano.

Sor Manuela rió levísimamente.

—Bueno, según se mire... Henry es hijo de Perry Calder Tanner y hermano, por tanto, de Perry William Tanner, nuestro actual benefactor —contestó.

Sally oyó aquellas palabras y creyó por un instante que iba a perder el sentido.

La monja se alarmó.

—¿Le ocurre algo, señora Slade? —preguntó, a la vez que la asía por un brazo.

—No, no ha sido nada —contestó Sally débilmente. Hizo un esfuerzo y sonrió—. No sabe cuánto agradezco sus atenciones, sor Manuela. Y ahora, si me lo permite, debo marcharme —abrió su bolso, sacó un billete y se lo entregó a la monja—. Lamento no poder ser más generosa, pero vivo de un sueldo, compréndalo.

—El Señor se lo pagará, señora Slade. A sus ojos, el más insignificante óbolo vale tanto como la mayor suma de dinero que pueda donar el hombre con mejores medios económicos.

Sally huyó casi a la carrera. Si seguía allí más tiempo, se iba a echar a llorar y eso era algo que no le gustaba en absoluto.

Helen en persona abrió la puerta. Seguido de Vince Walters, Benchley penetró con paso rápido en la casa.

—Has tardado demasiado —le reprochó ella.

Benchley soltó un bufido.

—Tenía algo entre manos que no podía dejar —respondió—. Además, estando seguro ese tipo, ¿qué más da una hora o dos de retraso?

—Como tú digas, pero si hubieras venido cuando te llamé... Aún no había amanecido.

—Hay cosas que se pueden hacer en pleno día, sin que se entere

la gente —gruñó Benchley—. Lo tengo todo bien planeado, no te preocupes. Lo único que importa ahora es la servidumbre...

—Están fuera. No vendrán hasta la noche.

Benchley suavizó su expresión.

—Al menos, es un detalle —sonrió—. Bien, ¿dónde está el tipo?

Helen señaló con la cabeza la puerta de la biblioteca.

—Ven —dijo.

Benchley y Walters siguieron a la mujer. Al abrir la puerta, vieron a Tanner tumbado en un diván, con los ojos cerrados.

—Debe de haberse dormido —apuntó Helen.

—Entonces, será mejor que no le despertemos. ¿Dónde está Hank?

—Arriba, en el ático...

—Tráelo. Vince, hay que llevar a Tanner al maletero del coche.

—Sí, señor.

Un tanto nervioso, Benchley encendió un cigarrillo. Tanner permanecía dormido. Debía de ser la reacción natural a una noche en blanco, se dijo.

Kovak apareció a los pocos momentos, detrás de la dueña de la casa. Benchley dijo:

—Hay que llevar a Tanner al maletero del coche. Lo hemos dejado pegado de cola a la puerta trasera. Nadie verá la operación, ¿entendido?

—Sí, señor.

—A propósito, ¿cómo está Dagger?

—Bastante fastidiado, señor. La herida de la pierna se le ha infectado, creo.

—Ya arreglaremos ese asunto más tarde. Vamos, Vince, ayuda a Hank.

Los dos hombres cargaron con Tanner. Éste abrió los ojos.

—Eh, ¿adónde me llevan? —exclamó.

—No te preocupes —rió Benchley—. El Ladrón Invisible ha dejado de robar. Ésta ha sido su última operación.

—Si usted lo dice...

Walters y Kovak salieron de la estancia, cargados con el joven. Benchley se volvió hacia la mujer.

—He traído un saqueto —manifestó—. Voy a llevarme todo lo que me guardabas. Quizá Tanner lo dijo antes a algún conocido

suyo... por ejemplo, a la sargento Slade...

—Como quieras, aunque si fuese verdad lo que dices, ya tendríamos aquí a toda la policía.

—De todas formas, es mejor cambiar de escondite los billetes, la plancha y el libro. Abre la caja, por favor.

Helen sé volvió. Momentos después, hacía girar la puerta. Un grito de asombro brotó de sus labios.

—¡Está vacía! —gritó.

—¿Qué? —jadeó Benchley.

—Míralo tú mismo...

Hubo un instante de silencio. Luego, Benchley dio media vuelta y salió del salón. Instantes después, se hallaba en la puerta trasera. Walters y Kovak le miraron con curiosidad. Benchley hizo un gesto con la mano y los dos sujetos acudieron en el acto.

—Me parece que esa grandísima zorra quiere jugarme una mala pasada —dijo Benchley cortantemente—. Vamos a ver si dice la verdad.

Benchley giró sobre sus talones. Helen iba a saber lo que era bueno, se dijo, hirviendo de furia interiormente.

Un minuto más tarde, se abrió el maletero del coche. Libre de pies y manos, Tanner saltó al suelo, sonriendo alegremente. Levantó la vista hacia el piso superior. Demasiada altura para la prisa que tenía.

Con todo cuidado, entró en la casa. De repente, oyó un grito horripilante.

Se estremeció. Alguien torturaba a Helen y él conocía muy bien los motivos. «Bueno, se lo tiene merecido», pensó.

Había un teléfono en una consola, situada en uno de los lados del vestíbulo. Sin hacer ruido, levantó el aparato y marcó el número de la policía.

Segundos más tarde, caminando de puntillas, emprendía la subida al piso superior. Continuó hasta el ático. Abrió la puerta y vio a un hombre adormilado sobre un camastro.

La mano de Jack Dagger pendía fuera del camastro. Había una pistola al lado. Tanner se apoderó del arma en silencio. Entonces, Dagger abrió los ojos.

—Usted... es Tanner... —Adivinó.

El joven asintió.

—Estoy muy mal... —continuó el matón—. La pierna... me quema...

Tanner se arrodilló. Aquellos vendajes sucios le infundieron repugnancia. Quizá se había iniciado ya un proceso de gangrena.

—Pronto vendrá un médico —aseguró—. Pero, dime, ¿quién mató a Kalwetch?

—Kovak...

«Si lo hiciste tú, no lo ibas a decir», pensó Tanner, a la vez que se ponía en pie.

—Antes de media hora, tendrás aquí una ambulancia —dijo. Y regresó a la puerta.

Abajo, los gritos de dolor de Helen Bryant seguían oyéndose incesantemente. Tanner se dijo que no debía perder en aquella casa un segundo más de lo absolutamente indispensable.

Cuando salía por la puerta trasera, llegaba silenciosamente un coche ocupado por el teniente Morgan y dos de sus hombres. Otro coche se había detenido ya y Morgan envió a sus ocupantes a cubrir la parte posterior de la casa.

Un tercer coche hizo su aparición, llegando de una dirección opuesta. Morgan decidió iniciar el asalto.

Helen volvió a chillar, cuando el puño de Kovak se estrelló contra su pómulo, rajándose por completo. Un chorro de sangre brotó de la carne tumefacta.

En el mismo instante, se abrió la puerta.

—Será mejor que levanten las manos —dijo el teniente Morgan, que empuñaba una pistola.

Kovak, lleno de pánico, corrió un poco y se tiró por una ventana, sin importarle romper los cristales con el cuerpo. Al levantarse, dos fornidos policías se arrojaron sobre él, reduciéndolo a la impotencia antes de que pudiera resistirse.

Benchley enloqueció de ira. Una nube roja cruzó por delante de sus ojos. Sin pensar demasiado en las posibles consecuencias, sacó un revólver y apuntó hacia el policía.

Morgan y otro policía hicieron fuego instantáneamente. Benchley gritó, manoteó un poco y cayó de espaldas.

Walters, aterrado, levantó las manos.

—¡No disparen, me rindo! —gritó.

Helen, convertida en un pingajo, yacía en el suelo,

completamente inconsciente. Al verla en tal estado, Morgan se sintió acometido por un ramalazo de cólera.

Para congraciarse, Walters dijo que Tanner estaba en el maletero del coche.

—Benchley nos lo ordenó, con la amenaza de su pistola... —dijo cobardemente.

Morgan movió la cabeza. Uno de los policías echó a correr. A los pocos momentos, volvió con una noticia desconcertante.

—Ese tipo debe de soñar, teniente —informó—. El maletero está completamente vacío.

Walters abrió la boca. Entonces comprendió lo ocurrido y su moral se derrumbó por completo.

—Lo diré todo —murmuró abatidamente. Sólo de esta forma, pensaba, podría obtener cierta benevolencia del fiscal.

Era ya casi de noche, cuando Sally Slade llegó a su casa. Abrió la puerta y percibió al instante un inconfundible aroma a café y huevos fritos.

Con los labios prietos, echó a correr hacia la cocina.

—Llegas a tiempo, querida —dijo Tanner alegremente—. Pero ¿qué mal provisto está tu frigorífico...? —se quejó.

—Perry, especie de miserable canalla, ¿por qué no me lo dijiste?

—Que no te dije, ¿qué?

—Lo de tu hermanito. He estado en el colegio de la Santísima Trinidad.

—Ah, el magnífico Henry —exclamó él, riendo—. Es un chico estupendo, ¿verdad?

—El teniente Morgan cree que es tu hijo.

—Pues no, se equivoca. —Tanner puso dos huevos en un plato y echó otros dos a la sartén—. Es hijo de mi padre. Papá era un tipo muy varonil todavía a los cincuenta y cinco años, ¿sabes?

—¿Y ella? Me refiero a su madre...

—Era una mujer estupenda, veinte años más joven que papá. Se mató en un desgraciado accidente de automóvil.

—Oh... Lo siento de veras, Perry. Pero ¿por qué no me lo dijiste?

—Claro que te lo dije —rió él—. ¿No te hablé de que robaba a los ricos para un pobre? El pobre, claro, es mi hermanito, que perdió la fortuna a que tenía derecho, por las manipulaciones de un

puñado de desaprensivos. En cierto modo, hemos saldado la deuda, ¿no te parece?

—Ilegalmente, Perry.

Tanner se encogió de hombros.

—El que roba a un ladrón... —dijo con sorna—. Bueno, la cena está lista. Café y huevos. No es un menú demasiado apetitoso, pero cuando hay hambre, uno se comería una piedra entre dos rebanadas de pan. Siéntate, ¿quieres?

Sally obedeció.

—Luego seguiremos hablando de Henry —dijo—. Ahora, cuéntame lo que pasó en casa de Helen Bryant.

—Bueno, ella me sorprendió y me ató, con la ayuda de Kovak. Pero ninguno de los dos sabía que yo podía desatarme sin demasiadas dificultades, así que en cuanto tuve un poco de tiempo, me liberé y volví a saquear la caja fuerte. Escondí las joyas, los billetes falsos y la plancha, y el libro de Benchley, y volví a tenderme en el diván.

—¿Por qué? Podías haberte marchado de la casa...

—Era preciso aguardar a que llegase Benchley. Quería que lo pillasen con las manos en la masa.

—Morgan tuvo que matarlo —dijo Sally, muy seria.

—Fue un acto de justicia. Por cierto, ¿cómo está la señora Bryant?

—Hecha pedazos, pero viva, lo mismo que Dagger. ¿Es cierto que te metieron en el maletero del coche?

—Sí, pero volví a salir. Ellos estaban muy ocupados apaleando a Helen, yo pude llamar tranquilamente a Morgan y entonces subí al ático y encontré a Dagger. Lo demás... Oye, se te están enfriando los huevos...

Sally apartó el plato.

—No tengo ganas de cenar —dijo, con los ojos muy brillantes.

Tanner la miró y sonrió. Se limpió los labios cuidadosamente, retiró un poco la silla y se puso en pie.

Sally se levantó también. Tanner la abrazó estrechamente.

—*Flash* —dijo ella.

—Sí, preciosa.

—Los billetes falsos y la plancha, así como el libro secreto de Benchley aparecieron en el lugar que indicaste a Morgan por

teléfono. Pero ¿qué me dices de las joyas?

—Son para un niño pobre..., para cientos de niños pobres...

—¡Perry, eso no! —protestó ella vivamente.

—Lo siento, pero esas joyas proceden de un dinero robado. Yo podría quedarme su importe, pero lo cedo al colegio íntegramente. Ahora, la elección es tuya.

Sally remoloneó un poco.

—Pero tienes que prometerme dos cosas —dijo.

—De acuerdo —accedió él.

—Primero, el Ladrón Invisible se ha acabado ya.

—Sí, te lo prometo solemnemente.

—Tienes un título de abogado. Trabaja.

—Trabajaré.

—Segundo, Henry necesita una madre. No tengo mucha experiencia sobre el particular, pero haré lo que pueda por el niño..., aunque sea mi cuñado realmente.

Tanner la besó.

—Eres maravillosa, querida —dijo.

Ella suspiró.

—Sigues siendo un ladrón —murmuró—. Me has robado el corazón, para siempre.

Miró al joven con ojos llameantes y añadió:

—Para siempre... si piensas que he de ser la única mujer de tu vida.

—Puedes tener la seguridad de que no habrá otra mujer para mí que la sargento Slade —afirmó él rotundamente.

Sally sonrió.

—Entonces, Perry... ¡Ahora sí! —exclamó anhelosamente.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANÍA

El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...



**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

